

PROSA AUSTRALIANA



Textos recopilados por Anthony Pym

Intercultural Studies Group

PROSA AUSTRALIANA

Intercultural Studies Group
Avda. Catalunya, 35
43002 Tarragona, Spain
Fax: + 34 977 299 488

ISBN: 978-84-613-8542-3

© Presentación y selección: Anthony Pym 2010

© Traducciones: los traductores 1989

Portada: Russell Drysdale, *The Drover's Wife* (1945). 51,5 x 61,5 cm.
Australian National Gallery

ÍNDICE

Nota explicativa	5
Presentación	9
Peter Carey, <i>Sueños de América</i>	13
Henry Lawson, <i>La mujer del ganadero</i>	27
Murray Bail, <i>La mujer del ganadero</i>	37
Katherine Susannah Prichard, <i>La huida</i>	43
Sally Morgan, <i>Mi lugar</i>	59
Patrick White, <i>Al vertedero</i>	66
Frank Moorhouse, <i>La libido y lecciones sobre la vida</i>	76
Frank Moorhouse, <i>De un diario de montaña: navidad en el corazón del país con la persona inadecuada</i>	82
Morris Lurie, <i>Pasta de dientes francesa</i>	92
David Ireland, <i>Una mujer del futuro</i>	100
Anexo:	
Christopher Brennan, <i>Prosaico-versificado-cartelífico-alge- bráico-simbólico-acertójico-musicopoematicografoscopio</i>	111
Fuentes	131

NOTA EXPLICATIVA

Las traducciones que aquí se presentan fueron realizadas en 1988-89 por alumnos de primer curso de la Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes de la Universidad Autónoma de Barcelona, como parte de la asignatura “Lengua inglesa C” de la cual fue responsable.

Como tal, son fruto de un plan de estudios mal hecho. Se suponía que los alumnos que tenían el inglés como “lengua C” (es decir, como *segundo* idioma extranjero) sabían poca cosa y necesitaban muchas horas (me parece que fueron 9 horas por semana) para alcanzar un nivel de inglés aceptable. Sin embargo, la clase se componía casi exclusivamente de alumnos provenientes del *Lycée Français* y de la *Deutsche Schule* de Barcelona, de familias plurilingües, con buena representación de apellidos híbridados y con un nivel medio de inglés realmente excelente. No tenía sentido, con este grupo, repasar la gramática básica, tal y como lo quería el plan de estudios. –¿Qué querías hacer? –Pues, traducir. –Vale ¡traducimos!

Parte de la clase tradujo al catalán una serie de mitos indígenas australianos, textos que publicamos en 1990 bajo el título de *Mites australianos*. El resto de los alumnos realizaron las traducciones que se recopilan aquí, sin publicación durante muchos años.

¿Por qué volver a estos textos ahora, después de más de 20 años? Es cierto que no se trata de traducciones perfectas, y mi selección, hecha a partir de lo disponible en Barcelona y lo que me enviaba mi hermana, muy poco tiene que ver con la actualidad de la literatura y la cultura australianas: son textos de los años 1970 y 1980 principalmente, y se nota.

La primera razón tendría que ver con la tecnología: hoy día es posible publicar electrónicamente y gratuitamente, sin coste ni al editor ni al lector. La segunda razón sigue de ahí: en un contexto no comercial, pierde sentido preocuparse de los derechos de

autor y de traducción. No me siento excesivamente culpable de no haber conseguido todos los permisos que antaño parecían tan obligatorios —aunque, eso sí, Masie Drysdale nos acordaba en el 1989 el permiso para reproducir el cuadro de la portada, en una carta realmente amable: “Un libro en español, —dice— What fun!”

Las otras razones sí que tienen que ver con cierta culpabilidad. En primer lugar, los alumnos traductores merecían ver publicadas sus traducciones, que no son tan malas. Más personalmente, como “recopilador” australiano, he vuelto a esta selección de textos en más de una ocasión¹ para pensar en su significación potencial. Esta vez las circunstancias son más extrañas y más personales que nunca: se perfila la probabilidad de que pierdo la nacionalidad australiana (soy culpable de haber solicitado la nacionalidad francesa en 1989, justamente) y que me ofrecen la posibilidad de solicitar dicha nacionalidad (en Australia la ley actual permite la doble nacionalidad). O sea, tendría que pedir que me hagan lo que pensaba que era ya. El enredo no tiene implicaciones económicas, laborales o políticas—es una cuestión puramente cultural. Se trata de querer, o no.

Así que, a través de estas traducciones, vuelvo a contemplar de nuevo la cultura australiana, en búsqueda de una orientación o una pista muy práctica. Lo que veo, esta vez, detrás del buen humor, de la constante ironía, de la cultura realmente democrática en sus vertientes realista, postmoderna y hasta simbolista (en el Brennan que se presenta tan tristemente como un Mallarmé sin público), lo que veo es un profundo malestar. La cultura blanca australiana, conscientemente inmigrante, se pelea por una parte contra el deseo de estar un otra parte: en Estados Unidos, en Europa, cerca de las fuentes de la cultura aparentemente auténtica—el tema es constante en estos textos, aunque tal vez menos en la literatura más reciente. Por otra parte, subsiste la culpabilidad por todo lo que se ha hecho respecto a las culturas indígenas del país, culpabilidad que parece haberse aumentado en años más recientes. Pasé mi juventud a unos pocos kilómetros de

¹ Véanse: “How Much of Australia Fits into Spain?” *Meanjin* (Melbourne) 3 (1989), 663-670; “Lacunae and uncertain limits in Australian culture, with suggestions on their translation into Spanish”, *Australia in Barcelona*, ed. Kathleen Firth y Susan Ballyn, Barcelona: Universitat de Barcelona, 1993, 27-37.

donde Sally Morgan estaba envuelta en una realidad totalmente diferente; reconozco las familias de que habla; nunca será fácil para mi leer, traducir o comentar los textos que me tocan tan de cerca. Todo eso da razones para querer estar en otra parte. Y finalmente, mirad, estoy en otra parte.

Anthony Pym

Tarragona, diciembre de 2009

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, el trabajo de Humberto Burcet Rojas, que ha corregido muchos errores en el texto, sobre todo en el castellano que he intentado escribir yo.

Entre los que me ayudaron con este trabajo hace ya 30 años, me acuerdo sobre todo de la labor de mi hermana Debbie Pym, que me mandó libros, de mi madre Barbara Middleton, que buscó el sentido de “crushed bogabri and cotton pear”, del cuento de Patrick White, en todas las bibliotecas de Perth y de Canberra, sin éxito, y de mi antiguo profesor John Frow, que me envió el “Musicopoematicographoscope” de Brennan y cuyo único comentario, que comparto, fue que es un texto triste.

Huelga decir que agradezco infinitamente los esfuerzos de todos los traductores mencionados al final de cada texto. Espero que algunos de ellos se han hecho traductores, y los otros, más que traductores.

PRESENTACIÓN

Resulta casi imposible decir exactamente quién es «autor australiano» y quién no lo es. ¿Serán australianos únicamente los escritores que viven en Australia? Sin embargo, en un país de inmigrantes y viajeros, hay muchos recién llegados muy valiosos, y también numerosos escritores como Patrick White que han pasado largos años fuera del país sin dejar de ser australianos. ¿Tal vez sean australianos los escritores que se mantienen fieles a una cierta cultura nacional? Sin embargo, la sociedad australiana no sólo es relativamente nueva, sino que también es profundamente multicultural: autores como el judío australiano Morris Lurie mantienen cierta fidelidad a tradiciones culturales mucho más antiguas y específicas. La fidelidad ciega no parece formar parte de la identidad cultural que buscamos. Entonces, ¿no serán australianos los que escriben sobre temas australianos? Tal vez, si no existiesen todos esos romances exóticos escritos por insulsos británicos del siglo pasado quienes de Australia sólo conocían el nombre, o si no hubiera casos como la novela que el muy australiano Thomas Keneally escribió sobre la Guerra Civil norteamericana, o como aquel hermoso cuento en el que David Malouf, australiano de origen libanés, describe la vida de Ovidio en el exilio. ¿Puede decirse que tales textos son australianos? ¿Puede decirse que tales autores no son australianos?

No siempre es útil, en este sentido, el criterio de la representatividad. No cabe duda de que sería posible aislar una literatura compuesta por elementos típicamente turísticos: una colección de «australianadas» tales como canguros, cerveza, figurantes aborígenes, unos cuantos bumeranes y mucho desierto. Hay *kitsch* en todas partes – también en este libro –; lo típico tiene mucho que ver con la naturaleza de la literatura australiana. Pero la supuesta representatividad de lo típico daría una falsa imagen de lo que es la literatura en Australia. Por otra parte, sería igualmente falso representar esta literatura como si estuviese por encima de tales elementos de identificación regional, como si fuese

tan internacional como la lengua inglesa. Es molesto, al menos para un australiano, leer que la novela *Bendito Harry* de Peter Carey es obra de «un peculiar heredero de los humoristas británicos de este siglo» (*El País*, 8.01.89). En realidad, Peter Carey es un heredero nada peculiar del humor literario australiano que tiene ya por lo menos un siglo.

Mi intención al realizar esta brevísima selección de prosa australiana ha sido recopilar algunos elementos de una tradición – tal vez la de Peter Carey – que pone en duda la supuesta herencia británica. Sin embargo, no se puede pretender que haya una herencia australiana en el sentido de una cultura homogénea, hegemónica, centralizada en torno a unas cuantas obras maestras. Sería un sinsentido ofrecer, por ejemplo, un curso de literatura australiana, como si se pudiera estudiar separada de otras literaturas anglosajonas y más generalmente europeas. Lo característico de la literatura australiana es más bien el tratamiento constante del problema de vivir y escribir dentro de una visión exterior del «yo», dentro de lo que otros – británicos, norteamericanos, europeos, españoles – creen que es o debe ser Australia.

En el cuento «Sueños de América», Peter Carey describe la situación de un joven australiano atrapado por la representación artística de una etapa anterior de su propia cultura. Los turistas vienen a verlo, para averiguar si su forma actual corresponde o no a la imagen artística. El australiano tiene que negar su propio presente para venderse a los extranjeros, tal y como se venden cada verano las playas españolas. Pero la realidad ha cambiado, el chico ha crecido:

«Los americanos nos pagan un dólar por posar para ellos. Una vez han pagado, se preguntan si no les habremos estafado. Siempre salen decepcionados, siempre, y yo me siento culpable por haberme vuelto más viejo y triste.»

No es nada fácil vivir ni crear dentro de tal interculturalidad: ser australiano es a veces como seguir un guión escrito por y para extranjeros: uno se vuelve viejo y triste.

Si he intentado organizar los textos como una serie de respuestas al problema de tener que pasar por modelos extranjeros de su propio país, no ha sido para dejar paso a una semántica polifónica sin correspondencia con realidad alguna: la cultura y la historia australianas no son meras elaboraciones secundarias de una voz que se oye alrededor de un vacío, como las costas pobladas que delimitan el desierto interior, o como la ausencia que resulta de la ruptura completa entre las culturas aborígen y europea. Creo que ahí hay algo. Creo que hay una realidad social que, a pesar de todo, no es mito.

Anthony Pym
Barcelona, 1989

SUEÑOS DE AMÉRICA

Peter Carey

Hasta hoy nadie sabe qué fue lo que le ofendió. Dyer, el carnicero, recuerda que una vez le dio el encargo de otro cliente, y que, en otra ocasión, por error atendió antes a otra persona. Cuando se emborracha recuerda ese día y se maldice por su estupidez. En el fondo, nadie cree que él sea el culpable.

Pero alguno de nosotros debió de hacer algo. Ese hombrecito tímido y pulcro, siempre con sus lentes puestas, que siempre nos sonreía tan amablemente, se sintió ofendido por alguna razón. Supongo que pensábamos que estaba un poco loco. A veces era tan discreto y reservado que no advertíamos su presencia o simplemente olvidábamos que estaba allí.

Cuando yo era pequeño, solía robar manzanas de los árboles de su casa en la avenida Mason. Siempre me veía. No, no es cierto. Debería decir que tenía la sensación de que me observaba, de que se asomaba sigilosamente entre las cortinas de su casa. Pero yo no era el único. Muchos de nosotros íbamos a coger manzanas, solos o en grupo, y es posible que quisiera desquitarse a su manera por todas aquellas manzanas.

Ahora estoy seguro de que no fueron las manzanas.

Lo que ocurre es que todos nosotros, los ochocientos habitantes, nos pusimos a recordar los pequeños disgustos causados al señor Gleason, que un día vivió entre nosotros.

Mi padre, que nunca ve la más mínima malicia en ningún ser vivo, sigue creyendo que Gleason nos quiso hacer un bien, que amaba al pueblo más que ninguno de nosotros. Asegura que lo tratábamos mal. No utilizamos este pequeño valle más que como un lugar de paso, un alto en el camino. Incluso aquellos de nosotros que llevamos aquí varios años nunca lo hemos tomado en serio. ¡Sí, claro! El sitio es precioso: las colinas son verdes, los

bosques espesos y el arroyo hierve de peces; pero no es donde nos gustaría vivir.

Durante años hemos visto películas en el Roxy, y hemos soñado, si no con América, sí con la gran ciudad. Según dice mi padre, sólo sentimos desprecio hacia nuestro pueblo. Lo hemos tratado muy mal, como a una puta. Para fabricar puertas para la escuela y gradas para el campo de fútbol talamos los gigantescos árboles que daban sombra en la calle Mayor, y sin dar nada a cambio sembramos nuestras tierras de enormes agujeros de los que extrajimos carbón.

Los vendedores ambulantes que compran pescado y patatas fritas en el establecimiento de George el Griego se preocupan por nosotros más que nosotros mismos, porque todos tenemos sueños de grandeza. Soñamos con una gran ciudad, riquezas, casas modernas, coches potentes: sueños de América, como los llama mi padre.

Mi padre, además de encargarse de una gasolinera, era inventor. Se pasaba el día sentado en su mesa, dibujando extrañas piezas de maquinaria en el reverso de las etiquetas. Cualquier trozo de papel de la casa, por diminuto que fuese, estaba repleto de esos pequeños dibujos, y mi madre debía tener mucho cuidado de no tirarlos a la basura. Tenía que mirar atentamente las dos caras de cualquier papel y conservar aquél que tuviera aunque sólo fuera una mancha de tinta.

Creo que por eso mi padre pensaba que entendía al señor Gleason. Nunca nos lo comentó, pero creía que lo comprendía porque a él también le preocupaban las mismas cosas. Mi padre trabajaba en los planos de una enorme trituradora de grava, pero de vez en cuando se distraía y se interesaba por alguna otra cosa.

Hubo, por ejemplo, una época en que Dyer, el carnicero, se compró una bicicleta con cambio de marchas, y durante cierto tiempo mi padre no hablaba de otra cosa. Muchas veces lo veía al otro lado de la calle, sentado junto a la bicicleta, como si estuviera hablando con ella.

Todos íbamos en bicicleta porque no teníamos dinero para nada mejor. Mi padre tenía una furgoneta vieja, pero rara vez la utilizaba, y se me ocurre ahora que probablemente tuviera algún fallo mecánico imposible de arreglar, o tal vez se tratara de pre-

servarla de un deterioro, por otra parte inevitable. Normalmente iba a todas partes en bicicleta, y cuando yo era pequeño me llevaba sentado en la barra; los dos teníamos que bajarnos para subir a pie la empinada calle Mayor. En nuestro pueblo era normal ver a la gente empujando la bicicleta. Más que un medio de transporte era un engorro.

Gleason también tenía una, y cada mediodía iba pedaleando y empujándola desde la oficina hasta su casa de la avenida Mason, un trayecto de casi cinco kilómetros. La gente decía que se iba a casa a comer porque era muy exigente y no le gustaban ni los bocadillos preparados por su mujer, ni la comida caliente de la cafetería de la señora Lessing.

Mientras Gleason continuó pedaleando y empujando la bicicleta de la oficina a su casa y viceversa, todo siguió su curso normal en el pueblo. Las cosas empezaron a ir mal cuando se retiró, ya que fue entonces cuando empezó a supervisar la construcción de un muro alrededor de los dos acres de terreno del Monte Pelado. Pagó por aquel solar más de lo que valía. Se lo compró a Johnny Weeks, que ahora cree, estoy seguro, que todo el asunto es culpa suya: por un lado, por estafar al señor Gleason y, por otro, por haberle vendido el terreno. Pero el señor Gleason contrató a unos cuantos chinos y empezó a construir el muro. Entonces supimos que le habíamos ofendido. Mi padre pedaleó todo el camino hasta el Monte Pelado e intentó disuadirle de que construyera el muro. Le dijo que no necesitaba levantar una muralla, que nadie pensaba espiarle, ni estaba interesado en lo que fuera a hacer. También le dijo que a nadie le preocupaba lo más mínimo su persona. El señor Gleason, muy elegante con su nueva chaqueta, se limpió las gafas y sonrió vagamente mirando al suelo. De vuelta a casa, mi padre pensó que había sido demasiado duro, ya que por supuesto nos importaba el señor Gleason. Volvió a subir y le preguntó si quería asistir al baile que tendría lugar el viernes siguiente, pero él le contestó que nunca bailaba.

—Bueno —replicó mi padre—, venga aunque sólo sea un ratito.

El señor Gleason dio media vuelta y se fue a supervisar a la familia de trabajadores chinos.

El Monte Pelado domina la ciudad, y te podías pasar la tarde sentado en la pequeña gasolinera de mi padre mirando cómo crecía la muralla. Era interesante. La estuve observando durante dos años, mientras esperaba a los clientes que rara vez venían. Después del colegio y también los sábados tenía todo el tiempo del mundo para contemplar el interminable proceso de construcción de la muralla del señor Gleason. Era tan angustioso como ver pasar el tiempo en un reloj. A veces podía ver a los trabajadores chinos corriendo con un trotecillo característico, llevando ladrillos de un lado para otro sobre grandes tablas de madera. El monte estaba pelado, y en su desnudez el señor Gleason construía, por alguna razón desconocida, una muralla.

Al principio, la gente se extrañaba de que alguien quisiera construir una muralla en el Monte Pelado. Su único atractivo era la vista que ofrecía del pueblo, y el señor Gleason estaba construyendo un muro que la tapaba. El suelo de la cima era de tierra árida, arcillosa. Nada podía crecer allí. Todo el mundo asumió que el señor Gleason se había vuelto loco y, tras el interés inicial, aceptaron su locura como habían aceptado la muralla y, antes, el propio Monte Pelado.

De vez en cuando, alguien venía a poner gasolina a la estación de servicio de mi padre y preguntaba acerca de la muralla. Mi padre se encogía de hombros y yo me daba cuenta, una vez más, de lo insólito de todo aquello.

—¿Una casa? —preguntaba el forastero— ¿encima de esa colina?

—No —contestaba mi padre—, un tipo llamado Gleason está construyendo un muro.

Y entonces el recién llegado quería saber por qué. Mi padre se volvía a encoger de hombros, miraba hacia el Monte Pelado por enésima vez, y exclamaba:

—¡Que me cuelgen si lo entiendo!

Por aquel entonces, el señor Gleason seguía viviendo en su vieja casa de la avenida Mason. Era una casa sencilla, con una rosaleda en la parte delantera, un huerto a un lado, y árboles frutales en la trasera.

A veces, por la noche, los chicos íbamos al Monte Pelado en bicicleta, cosa que requería un pedaleo constante y enérgico que

nos dejaba agotados. Lo peor era una cuesta empinada y sin asfaltar, en la que teníamos que empujar las bicicletas mientras el aire fresco de la noche nos quemaba los pulmones. Cuando llegábamos no encontrábamos más que una muralla. Una vez derribamos parte de una pared, y otra, tiramos piedras a las tiendas donde dormían los trabajadores chinos. Así expresábamos nuestra frustración ante aquel hecho tan inexplicable.

Acabaron de construir la muralla un día antes de que yo cumpliera doce años. Recuerdo que para celebrarlo hicimos una fiesta de cumpleaños campestre cerca del riachuelo Once Millas. Encendimos una hoguera e hicimos una parrillada en un recodo del río desde donde se podía ver la muralla del Monte Pelado. Aún me veo ahí, con una chuleta calentita en la mano, cuando alguien dijo:

—¡Mirad, se marchan!

Nos acercamos a la orilla y vimos cómo los trabajadores chinos bajaban lentamente por la ladera de la colina, montados en sus bicicletas. Alguien dijo que iban a construir una chimenea en la mina. Y en efecto, ahora hay una gran chimenea de ladrillos, por lo que supongo que la construyeron ellos. Cuando se corrió la voz de que la muralla estaba acabada, la mayoría de los habitantes del pueblo subió a verla. Se pasearon alrededor de los muros, que eran tan interesantes como cualquier otra pared de ladrillos. Se paraban frente a las enormes puertas de madera e intentaban divisar algo, pero lo único que podían ver era un pequeño muro de protección que se había construido, sin ninguna duda, con ese propósito. La muralla tenía casi tres metros de altura, y estaba rematada con trozos de vidrio y alambre de espino. Cuando se hizo obvio que no íbamos a descubrir lo que guardaba en su interior, nos dimos por vencidos y nos fuimos a casa.

Ya hacía tiempo que el señor Gleason no bajaba a la ciudad. Su mujer venía en su lugar, empujando desde la avenida Mason hasta la calle Mayor un carrito que llenaba de provisiones (sólo carne, nunca verdura, ya que la cultivaban ellos mismos) y que luego empujaba de vuelta a casa. A veces la podías ver de pie, al lado del carrito, a medio camino de la colina de la calle Gell, recuperando el aliento. Nadie le preguntaba acerca de la muralla. Sabían que no era la responsable y sentían lástima por ella, por tener que

soportar la carga del carrito y la locura de su marido. Incluso cuando empezó a frecuentar la ferretería del señor Dixon, a comprar yeso, latas de pintura y compuesto resistente al agua, nadie le preguntó para qué lo quería. Tenía una manera especial de desviar la mirada; revelaba el temor que sentía hacia las preguntas. El viejo Dixon cargaba el yeso y la pintura en el carrito y la observaba mientras ella lo empujaba cuesta arriba.

—¡Pobre mujer! —decía—. ¡La pobre!

Desde la gasolinera, donde me sentaba al sol a soñar, o desde la oficina, donde contemplaba melancólicamente la lluvia, veía a veces al señor Gleason entrando o saliendo de la muralla, una figura diminuta en la cima del Monte Pelado. Pensaba: «Gleason», sin más.

Hasta allí subían a veces forasteros para averiguar lo que era, incitados por los habitantes locales que les decían que era un templo chino o alguna otra tontería. Una vez, un grupo de italianos hizo un picnic junto a los muros, fotografiándose uno tras otro delante de la entrada. Dios sabrá lo que creyeron que era.

Pero durante cinco años, entre mi decimosegundo y decimoséptimo cumpleaños, no hubo nada que despertase mi interés hacia la muralla del señor Gleason. Guardo pocos recuerdos de esa época, sólo que perdí la cabeza por Susy Markin y la seguía en bicicleta desde la piscina, me sentaba a su lado en el cine y rondaba alrededor de su casa. Hasta que sus padres se mudaron a otra ciudad y me quedé sentado al sol esperando que volvieran.

Nos convertimos en entusiastas de lo moderno. Cuando conseguimos pintura de colores, todo el pueblo perdió los estribos y de la noche a la mañana florecieron cientos de casas de vivos colores. Pero las pinturas no eran de buena calidad; pronto perdieron color y se desconcharon, hasta que el pueblo tuvo el aspecto de un jardín de flores marchitas. Cuando pienso en esos años, lo único que recuerdo es el suave silbido de las ruedas de las bicicletas en la calle Mayor. Contándolo ahora parece agradable, pero recuerdo que ese sonido me producía una sensación de melancolía, un sentimiento que se mezclaba con los tempranos atardeceres, cuando el sol se ponía detrás del Monte Pelado, y el pueblo se quedaba tan triste como una sala de baile vacía un domingo por la tarde.

Y entonces, cuando contaba diecisiete años, el señor Gleason murió. Nos enteramos cuando vimos el carrito de la señora Gleason aparcado enfrente de la funeraria de Phonsey Joy. Aquel carrito abandonado tenía un aire trágico en medio de la calle barrida por el viento. Nos acercamos, miramos el carrito, y nos sentimos apenados por la señora Gleason, que no había tenido una vida fácil.

Phonsey Joy condujo al viejo señor Gleason al cementerio cerca de la estación de Parwan, mientras la señora Gleason le seguía en un taxi. La gente veía pasar el coche fúnebre y pensaba «Gleason», sin más.

No había trascurrido un mes desde el entierro del señor Gleason en el solitario cementerio de la estación de Parwan cuando los chinos volvieron. Los vimos subir la colina empujando las bicicletas. Yo estaba con mi padre y Phonsey Joy, intentando adivinar qué pasaba. En ese momento vi a la señora Gleason subiendo con dificultad por la ladera. No llevaba el carrito, sino una sombrilla negra y andaba muy despacio, por lo que no la reconocí hasta que se detuvo a tomar aliento y se inclinó hacia adelante.

—Es la señora Gleason —dije—, con los chinos.

Pero lo que sucedía no se hizo evidente hasta la mañana siguiente. La gente se apiñaba a lo largo de la calle Mayor como si se preparasen para asistir a un entierro, pero en vez de mirar hacia la esquina de la calle Grant, lo hacían hacia el Monte Pelado.

Durante todo ese día y el siguiente nos reunimos para mirar cómo destruían la muralla. Veíamos a los trabajadores chinos ir y venir, pero hasta que tiraron abajo la pared orientada hacia el pueblo, no nos dimos cuenta de que realmente algo se escondía entre aquellos cuatro muros, aunque era imposible saber qué era. La gente se preguntaba qué podía ser, mientras señalaban hacia la señora Gleason, que supervisaba la demolición.

Y finalmente, de uno en uno o de dos en dos, andando o en bicicleta, todo el pueblo subió al Monte Pelado. Dyer cerró la carnicería, mi padre sacó la vieja furgoneta, y subimos junto con veinte personas más, que se apretujaban en la parte trasera. Recorrimos a pie el último tramo, sin imaginarnos qué íbamos a encontrar al llegar.

Todo estaba muy tranquilo. Los chinos seguían trabajando, echando abajo los otros dos muros y recogiendo los ladrillos, que luego amontaban más allá. La señora Gleason tampoco dijo nada. Se quedó inmóvil en la única esquina que quedaba, mirando desafiante a los habitantes del pueblo, que se habían quedado boquiabiertos, agrupados donde también había habido una esquina.

Y entre la señora Gleason y nosotros se hallaba la cosa más increíblemente hermosa que jamás había visto. Durante unos segundos fui incapaz de reconocerlo. Seguía boquiabierto. Y de repente supe que era nuestro pueblo. Los edificios tenían más de medio metro de altura, y eran un poco toscos pero muy reales. Vi que Dyer le daba un codazo a mi padre y le susurraba que el señor Gleason incluso había reproducido la E descolorida del letrero de CARNICERIA. Creo que en ese momento nos sentimos todos invadidos por una gran alegría. No recuerdo haberme sentido nunca más feliz y emocionado. Pensé que era un sentimiento infantil, pero vi que mi padre esbozaba una sonrisa muy tierna y supe que sentía exactamente lo mismo que yo. Más tarde me dijo que creía que el señor Gleason había construido la maqueta justo para este momento, para que nos diésemos cuenta de la belleza de nuestro pueblo y olvidáramos los sueños de América a los que éramos tan propensos. Lo que sucedió después, según mi padre, no entraba en los planes del señor Gleason, ya que no pudo prever lo que pasaría.

He llegado a pensar que esta idea de mi padre era un poco sentimental e incluso ofensiva para el señor Gleason. Creo que sabía perfectamente qué pasaría. Algún día se descubrirá que mi teoría es cierta. Probablemente existan documentos personales que demostrarán, estoy seguro, que el señor Gleason sabía exactamente lo que iba a suceder.

Nos habíamos emocionado tanto por la maqueta del pueblo, que no nos dimos cuenta de lo más sorprendente. El señor Gleason no sólo había construido las casas y las tiendas sino que también las pobló con gente. Al entrar de puntillas en el pueblo, de repente nos encontramos a nosotros mismos.

—Mire —le dije a Dyer—, aquí está usted.

Y allí estaba, con su delantal, en la entrada de su tienda. Al agacharme para observar de cerca la figurita, me asombró su ex-

presión. El modelo era basto, los rasgos poco delineados y la cara demasiado blanca, pero la expresión era absolutamente perfecta: la mueca burlona, las cejas arqueadas... No podía haber otro igual en toda la tierra... era Dyer, sin la menor duda.

Junto al señor Dyer estaba mi padre, sentado en la acera, con la cara reluciente de grasa y esperanza, mirando con cariño las marchas de la bicicleta de Dyer.

Y allí estaba yo, detrás, en la gasolinera, apoyado en un surtidor con lo que quería ser una pose americana, hablando con Brian Sparrow, que me hacía reír con sus payasadas.

Phonsey Joy estaba detrás del coche fúnebre y el señor Dixon estaba sentado en su ferretería. Todos los que conocía estaban en ese diminuto pueblo. Si no estaban en la calle o en el patio de sus casas, estaban en el interior. No tardamos mucho en descubrir que se podían levantar los techos y espiar el interior.

Anduvimos con mucho cuidado por las diminutas calles, mirando por las ventanas de las casas de los demás, levantando los tejados, admirando los jardines de los demás y, cuando terminamos, la señora Gleason se fue abajo hacia su casa de la avenida Mason. No intentó hablar con nadie, ni nadie intentó hablar con ella.

Confieso que fui el que levantó el tejado de la casa de los Cavanagh. Así fue como descubrí a la señora Cavanagh en la cama con el joven Graigie Evans.

Me quedé parado durante unos momentos, sin entender del todo lo que estaba viendo. Estuve mirando fijamente a la pareja durante unos instantes. Y cuando finalmente me di cuenta de lo que estaba viendo, sentí una mezcla de envidia y culpa, y no sabía qué hacer con el tejado.

Phonsey Joy me lo cogió de las manos y lo puso con mucho cuidado sobre la casa, como si, imaginé, cerrara la tapa de un ataúd. Pero no fui el único que lo vio, y se corrió la voz rápidamente.

Formamos pequeños grupos alrededor de la maqueta, que todos mirábamos con miedo. Si el señor Gleason sabía lo de la señora Cavanagh y Craigie Evans (y nadie más lo sabía), ¿qué más podía saber? Los que todavía no se habían encontrado se pusieron

nerviosos sin saber si seguir buscando o no. Observamos silenciosos los tejados, sintiéndonos recelosos y culpables.

Bajamos todos del monte en silencio, como la gente que asiste a un entierro, con el crujir de la grava bajo nuestros pies como única compañía, mientras las mujeres tenían problemas con sus tacones.

Al día siguiente, el Consejo Municipal aprobó en una sesión extraordinaria una moción instando a la señora Gleason a destruir la maqueta del pueblo, ya que contravenía el reglamento sobre la construcción de inmuebles.

Por desgracia, esta orden no se logró llevar a cabo antes de que los periódicos de la ciudad descubriesen la maqueta, y ya al día siguiente el Gobierno intervino.

La maqueta del pueblo y sus ocupantes debía ser conservada. El ministro de Turismo vino en un coche negro muy grande y dio un discurso en el campo de fútbol. Nos sentamos en las gradas, comiendo patatas fritas mientras él nos hablaba de espaldas a la valla. No le oíamos demasiado bien, aunque lo suficiente. Llamó a la maqueta «obra de arte» y le miramos con severidad. Dijo que sería una atracción turística incomparable, que los turistas vendrían de todas partes para verla, que seríamos famosos y nuestros negocios florecerían, que habría trabajo para intérpretes, guías, guardias de seguridad, taxistas y vendedores de helados y refrescos.

Dijo que los americanos visitarían nuestro pueblo, que vendrían en autobuses, coches e incluso en tren, que harían fotografías, y traerían carteras rebosantes de dólares. Dólares americanos.

Miramos al ministro con desconfianza, preguntándonos si sabía lo de la señora Cavanagh. Debió de darse cuenta por la manera en que lo mirábamos porque dijo que algunos detalles comprometedores podían cambiarse o ya se habían cambiado. Nos removimos incómodos en nuestros asientos, como cuando el momento más tenso de una película llega a su clímax, y entonces nos relajamos y escuchamos lo que el ministro tenía que decirnos. Y volvimos de nuevo a nuestros sueños de América.

Nos veíamos en grandes y relucientes coches atravesando ciudades de brillantes luces, entrando en las discotecas más caras y bailando hasta el amanecer, haciendo el amor con mujeres como

Kim Novak y hombres como Rock Hudson, bebiendo cócteles, mirando perezosamente en las neveras repletas de comida y preparando nosotros mismos lujosas cenas de medianoche, que comíamos mientras veíamos en la televisión películas americanas, gratuitamente y para siempre.

El ministro, como un personaje de nuestros sueños de América, entró en su largo coche negro y cruzó lentamente nuestro humilde campo de fútbol, mientras los periodistas le acosaban con sus cámaras y cuadernos de notas. Nos hicieron fotografías, y también se las hicieron a la maqueta del Monte Pelado. Al día siguiente, salíamos todos en los periódicos: las fotografías de los habitantes de yeso junto a las de los habitantes reales. Nuestros nombres, edades y profesiones estaban impresas en blanco y negro.

Entrevistaron a la señora Gleason, pero no dijo nada interesante. Sólo dijo que la maqueta del pueblo había sido la afición de su marido.

Todos estábamos encantados. Era divertido salir en los periódicos. Y, una vez más, cambiamos de opinión respecto al señor Gleason. El Consejo Municipal tuvo otra reunión y al sendero del Monte Pelado lo llamó «Avenida Gleason». Después nos fuimos todos a casa a esperar la llegada de los americanos que nos habían prometido.

No tardaron mucho en llegar, aunque en aquel momento nos pareció una eternidad. Seis meses pasaron sin que hiciéramos otra cosa más que esperarlos.

Pues bien, finalmente vinieron. Dejadme contaros qué ha sucedido desde entonces.

Los americanos llegan cada día en autocares o coches y a veces los más jóvenes en tren. Ahora hay una pequeña pista de aterrizaje cerca del cementerio Parwan, adonde llegan en avionetas. Phonsey Joy les lleva al cementerio, donde visitan la tumba del señor Gleason, luego hasta la cima de la colina y de vuelta al pueblo. Le van bien las cosas. Da gusto ver a alguien que le vaya tan bien. Phonsey Joy se está convirtiendo en un hombre importante en el pueblo y forma parte del Consejo Municipal.

En la cima del Monte Pelado hay una docena de telescopios a través de los cuales los americanos pueden espiar al pueblo y

asegurarse de que los dos, el de arriba y el de abajo, son exactamente iguales. Herb Gravney les vende helados, refrescos y carretes de recambio para sus cámaras. Él también se está haciendo de oro. Le compró la maqueta a la señora Gleason y cobra la entrada a cinco dólares americanos. Herb también pertenece al Consejo. Sí, a él sí que le van bien las cosas. Les vende carretes para que puedan sacar fotos de las casas y las figuritas y, luego, bajar al pueblo con los mapas especiales y perseguir a la gente real.

Si he de serles sincero, la mayoría estamos bastante hartos de este juego. Los americanos llegan preguntando por mi padre, y le piden que mire fijamente las marchas de la bicicleta de Dyer. Mi padre cruza la calle despacio, con la cabeza gacha. Ya nunca les da la bienvenida ni les pregunta acerca de la televisión en color o Washington D.C. Se arrodilla en la acera, frente a la bicicleta de Dyer, y los americanos se arremolinan a su alrededor. A menudo no recuerdan correctamente el modelo de la maqueta y quieren que mi padre pose según su versión. Al principio, les intentaba hacer ver su error, pero ahora ya no, hace lo que le piden. Le empujan para que se ponga de esta manera o de la otra, vigilando la expresión de su cara, que ya no es la misma de antes.

Luego vienen a por mí. Soy el siguiente en el mapa. Por alguna razón que desconozco soy muy popular. Vienen a buscarme, a mí y al surtidor de gasolina, desde hace ya cuatro años. No les espero con ilusión porque ya sé, antes de que me encuentren, que se sentirán defraudados.

—¡Pero si éste no es el chico!

—Sí —dice Phonsey Joy— es él—, mientras les enseña mi certificado.

Examinan el certificado con desconfianza, como si fuese una falsificación excelente.

—No —dicen (los americanos están muy seguros de sí mismos)—. No —repiten moviendo la cabeza—, éste no es el chico, el verdadero es más joven.

—Ahora es más mayor, pero antes era joven. Phonsey parece cansado cuando se lo explica. Él puede permitirse el lujo de parecer agotado.

Los americanos me miran a la cara fijamente:

—Es otro chico.

Pero, finalmente, sacan sus cámaras. Poso sin ganas, intentando parecer tan divertido como en el pasado. El señor Gleason me captó con una mirada divertida, pero ahora soy incapaz de recordar cómo me sentía en aquel momento. Estaba mirando a Brian Sparrow. Pero Brian también está cansado. Le resulta difícil hacer las payasadas de antes, y, además, a los americanos, su número no les parece gracioso. Prefieren la maqueta. Yo le observo entristecido; me da pena que tenga que actuar ante un público tan poco agradecido.

Los americanos nos pagan un dólar por posar para ellos. Una vez han pagado, se preguntan si no les habremos estafado. Siempre salen decepcionados, siempre, y yo me siento culpable por haberme vuelto más viejo y triste.

(1974)

Traducción: Brigitte Schmid, Olga Ballester, Marisol Arrabal, Teresa Miñana

LA MUJER DEL GANADERO

Henry Lawson

La casa tiene dos habitaciones; está construida con troncos, tablas y corteza fibrosa, y el suelo está hecho de tablas resquebrajadas. La cocina, también de corteza, está al final y es más grande que el resto de la casa, terraza incluida.

Alrededor sólo hay monte. Un monte sin fin en una eterna llanura. No hay colinas a la vista. El monte es de manzanos enanos y carcomidos. Pero no hay arbustos, ni nada en que descansar la vista, salvo el verdor de algunas encinas cuyo follaje susurra sobre un arroyo seco. Hay que recorrer diecinueve millas para encontrar alguna señal de civilización: una choza junto a la carretera principal.

El ganadero, que tuvo en su día tierras propias, está lejos, conduciendo rebaños de los grandes propietarios, mientras que su mujer y sus hijos se quedan aquí solos.

Los niños están jugando alrededor de la casa; son cuatro, y tienen un aspecto andrajoso y polvoriento. De pronto uno de ellos grita:

—¡Una serpiente! ¡Mamá, aquí hay una serpiente!

La mujer, delgada y de piel morena, sale precipitadamente de la cocina, recoge al pequeño del suelo, lo apoya sobre su cadera izquierda y coge un palo.

—¿Dónde está?

—¡Aquí! ¡Se ha metido en el montón de leña! —grita el hijo mayor, un pilluelo de once años de cara delgada—. ¡Quédate ahí, mamá! ¡La cogeré! ¡Apártate! ¡Maldita sea! ¡La cogeré!

—Tommy, ¡ven aquí o te morderá! Ven en seguida cuando te llamo. ¡Basta ya, te digo!

El más pequeño acude inmediatamente con un bastón más grande que él. De repente, grita triunfante:

—¡Se cuela por allí, por debajo de la casa! —y se lanza a perseguirla con el palo en alto. El perro, que es grande, negro y tiene los ojos amarillos propios de su raza, muestra un enorme interés por el incidente, rompe la cadena y echa a correr detrás de la serpiente. Pero llega demasiado tarde y, cuando mete la nariz por la grieta de la pared, la cola de la serpiente ya se ha escondido. A su vez, el niño al golpear con el bastón le pela la nariz al perro, quien apenas lo nota y sigue inspeccionando la casa. Con un poco de esfuerzo consiguen amansarlo y lo atan. No pueden permitirse el lujo de perderlo.

La mujer del ganadero hace que los niños se queden juntos cerca de la caseta del perro mientras que ella vigila a la serpiente. Pone leche en dos platos y los deja junto a la pared para hacerla salir; pero una hora más tarde aún no se ha dejado ver.

Pronto se pondrá el sol, y se aproxima una tormenta. Los niños deberían entrar en casa, pero ella sabe que la serpiente está allí y que en cualquier momento podría asomar por una de las grietas del suelo. Por eso, hace varios viajes a la cocina cargada de leña y luego lleva a los niños allí. El suelo de la cocina es de tierra o «natural» como dicen en esta zona. Sienta a los niños a una gran mesa de madera sin pulir que hay en el centro. Son dos niños y dos niñas, muy críos. Les da algo de cenar y antes de que oscurezca, entra rápidamente en la casa para coger algunas sábanas y almohadas, temiendo que la serpiente se le pueda aparecer entre la ropa. Improvisa una cama para los niños en la mesa y se sienta al lado para vigilar durante la noche.

Tiene los ojos bien abiertos, un palo a mano, el costurero y un ejemplar de *Young Ladies' Journal*. El perro también está con ellos.

Tommy se va a la cama protestando; dice que permanecerá despierto toda la noche y destrozará a esa maldita serpiente.

Su madre recuerda cuántas veces le ha advertido que no diga palabrotas.

El niño se ha llevado el bastón a la cama. Su hermano, que está a su lado se queja:

—¡Mamá! ¡Tommy no hace más que molestarme con el palo!
¡Quítaselo!

Tommy:

—¡Cállate enano! ¿O quieres que te muerda la serpiente?

Jacky se calla.

—Si te muerde —dice Tommy—, se te hinchará y apestarás. Te pondrás rojo y verde y azul y de todos los colores, y entonces reventarás. ¿Verdad mamá?

—Vamos, no asustes al niño —dice ella—, y haced el favor de dormir.

Los dos pequeños se ponen a dormir. Jacky no para de quejarse de que está «apretujado», y al final su hermano tiene que dejarle más sitio.

Entonces Tommy dice:

—¡Mamá! ¿Oyes esos pequeños rabopelados de m***? Me gustaría retorcerles el jo*** pescuezo.

Jacky protesta adormilado:

—¡Pero si esos pequeños de m*** no nos hacen ningún daño!

Madre:

—¡Oye! ¿Cómo tengo que decirte que no enseñes palabrotas a Jacky?

Pero lo que ha dicho Jacky la hace sonreír.

Jacky se queda dormido.

Poco después, Tommy pregunta:

—¡Mamá! ¿Crees que llegará un día en que exterminen a los malditos canguros?

—¡Pero por Dios! ¿Cómo quieres que sepa yo eso, criatura?
¡Duérmete!

—¿Me despertarás si sale la serpiente?

—Sí... Duérmete ya.

Es casi medianoche. Los niños están durmiendo; ella continúa allí sentada, a ratos cosiendo, a ratos leyendo. De vez en cuando echa una mirada al suelo y al zócalo y cuando oye un ruido agarra el palo. La tormenta se acerca y el viento que se cuela por las grietas de las paredes de piedra amenaza con apagar la vela,

que coloca con reparo en la rinconera y protege con un periódico. A cada relámpago, las grietas de la pared brillan como plata pulida. Se desencadena la tormenta y empieza a llover a cántaros.

Caimán, el perro, está estirado a sus anchas en el suelo, con los ojos vueltos hacia un tabique interior; y gracias a esto, ella sabe que la serpiente está allí. En ese tabique hay enormes grietas que se abren por debajo del suelo de la vivienda.

Ella no es cobarde, pero recientemente han sucedido cosas que le han sacudido los nervios. No hace mucho, al hijo pequeño de su cuñado le mordió una serpiente y murió. Además, hace seis meses que no tiene noticias de su marido y está preocupada por él.

Él era ganadero, y empezó a ocupar estas tierras cuando se casaron, pero la sequía de 18** lo arruinó y tuvo que sacrificar los animales y marcharse a trabajar para los grandes propietarios. Cuando está en casa, suele llevar a la familia al pueblo más cercano, y cuando no está, su hermano, que vive en la carretera principal, les trae provisiones cada mes. La mujer tiene aún un par de vacas, un caballo y unas cuantas ovejas. De vez en cuando, su cuñado mata una oveja; ella se queda con lo que necesita y él se lleva el resto a cambio de provisiones.

Está acostumbrada a quedarse sola; en una ocasión su marido estuvo fuera durante un año y medio. Como todas las chicas, de joven, ella también construyó castillos en el aire, pero aquellas esperanzas y anhelos ya se han desvanecido. Ahora toda la distracción y el entusiasmo que desea lo encuentra en *Young Ladies' Journal*, y a la pobre le encanta mirar las ilustraciones de moda.

Tanto su marido como ella nacieron en Australia. Él es algo despreocupado, pero un buen marido al fin y al cabo. Si pudiera, la llevaría a la ciudad y la trataría como a una reina. Están acostumbrados a vivir separados, al menos ella sí lo está. «¿Para qué atormentarse?», suele decir. Quizá haya momentos en los que él olvide que está casado, pero siempre que vuelve a casa con dinero se lo da casi todo a ella. Antes de que la sequía lo arruinara, la llevaba a la ciudad, alquilaba un coche-cama en el ferrocarril y se hospedaban en los mejores hoteles. Además, en

una ocasión incluso le compró una calesa, aunque más tarde tuvieron que venderla, junto con todo lo demás.

Las dos hijas pequeñas nacieron en la casa, una mientras su marido traía a la fuerza a un médico borracho para que la atendiera. Ella estaba sola, y se sentía débil. Había estado enferma y con fiebre, y pidió a Dios que le enviara ayuda. Dios le envió a la Negra Mary, la aborigen más «blanca» de la región.

Uno de sus hijos murió cuando su marido no estaba allí y ella cabalgó diecinueve millas con el niño muerto en busca de ayuda.

Deben ser cerca de la una o las dos. El fuego arde lentamente. Caimán está echado con la cabeza apoyada sobre las patas, mirando hacia la pared. No es un perro demasiado bonito; la luz descubre viejas cicatrices donde el pelo no volverá a crecer. No teme a nada sobre la faz de la Tierra ni debajo de ella; atacaría a un buey con la misma facilidad con que atraparía a una mosca. Odia a todos los perros (excepto a los de la caza del canguro) y siente una gran antipatía hacia los amigos o conocidos de la familia, aunque apenas les visitan. A veces se hace amigo de extraños. Odia las serpientes y ha matado muchas, pero algún día lo morde una y Caimán morirá: la mayoría de los «perros serpiente» acaban así.

De vez en cuando, la mujer deja su trabajo y observa, escucha y piensa. Piensa acerca de su propia vida, pues hay poco más en qué pensar.

Gracias a la lluvia, la hierba volverá a crecer. Eso le recuerda cómo luchó una vez para apagar un incendio en el monte, cuando su marido se encontraba lejos. La hierba estaba seca y muy crecida, y el fuego amenazaba con abrasarla. Se puso unos pantalones viejos de su marido e intentó apagar las llamas con una rama verde, hasta que gotas de un sudor negro le cubrieron la frente y le resbalaron por los brazos ennegrecidos. A Tommy le divertía ver a su madre en pantalones; el niño trabajó a su lado como un pequeño héroe, aunque gritaba con fuerza para que lo cogiera en brazos y, de no haber sido por cuatro hombres valientes que llegaron justo a tiempo, el fuego la habría vencido.

Fueron momentos de una gran tensión: cuando fue a coger al niño, éste gritó y se debatió con fuerza creyendo que se trataba de un «negro»; y Caimán, confiando en el instinto del chiquillo más que en el suyo propio, atacó furiosamente, y (puesto que era viejo y ligeramente sordo) tan emocionado como estaba, no reconoció en un primer momento la voz de su dueña, por lo que no la soltó hasta que Tommy tuvo que obligarlo a echarse atrás golpeándolo con la correa de una silla de montar. El dolor que el perro sentía y su impaciencia por que los demás comprendieran que todo había sido un error resultaban evidentes: una enorme sonrisa bastó para reconfortarlo. Fue un episodio glorioso para los niños; un día para recordar y del que hablar y reír durante muchos años.

Recuerda cómo luchó contra una inundación estando su marido ausente. Permaneció durante horas bajo un fuerte aguacero y cavó un canal de desagüe para salvar la presa del arroyo. Pero no lo consiguió. Una campesina tampoco lo puede hacer todo. A la mañana siguiente la presa estaba rota y su corazón también estuvo a punto de romperse al pensar cómo se sentiría su marido cuando volviera a casa y viera destrozado el fruto de meses de trabajo. Entonces lloró.

También se enfrentó a «la pleuro», medicó y sangró las pocas reses restantes y lloró de nuevo cuando murieron sus dos mejores vacas.

En otra ocasión luchó contra un novillo enloquecido que sitió la casa durante un día. Hizo balas y las disparó con una vieja escopeta por entre las grietas de la pared. Al día siguiente el novillo había muerto. Lo despellejó y obtuvo 7 peniques con 6 chelines por su piel.

Hace frente asimismo a los cuervos y águilas que tienen la vista puesta en sus gallinas. Su plan de campaña es muy original: los niños gritan «¡Mamá, cuervos!», ella sale corriendo, les apunta con un mango de escoba como si se tratase de una pistola, y dice «¡Bang!». Los cuervos salen volando; son astutos, pero una mujer lo es aún más.

A veces viene un campesino borracho y sin dinero, o un haragán sin trabajo de aspecto salvaje, y le dan un susto de muerte.

—Mi marido y dos hijos están trabajando en la presa —suele decir al sospechoso desconocido, porque ellos siempre preguntan por «el jefe».

Precisamente, la semana pasada un jornalero con cara de pocos amigos, tras informarse y comprobar de que no había hombres en el lugar, dejó caer su hatillo en el porche y pidió comida. Cuando ella le hubo dado algo de comer, él mostró intenciones de quedarse a pasar la noche. El sol se estaba poniendo. Ella cogió una barra del sofá, soltó al perro y se enfrentó al desconocido:

—¡Váyase ahora mismo! —dijo con la barra en una mano y el collar del perro en la otra. Él miró a la mujer y al perro.

—¡Tranquila, ya me voy! —dijo servilmente, y se fue. La mujer parecía decidida. Los ojos amarillos de Caimán se fijaban en él de un modo desagradable. Además, la mandíbula del animal era bastante parecida a la de un verdadero caimán.

Ahora, sentada junto al fuego, en guardia contra una serpiente, tiene pocas alegrías en las que pensar. Todos los días le parecen iguales. No obstante, los domingos por la tarde se viste, arregla a los niños, acicala al bebé y sale a dar un solitario paseo por el camino del bosque, empujando ante sí un viejo cochecito. Hace lo mismo todos los domingos. Pone tanto afán en que todos, tanto ella como los niños, estén elegantes que parece como si se fuera a ir a pasear a Sydney, y sin embargo no hay nada que ver ni nadie con quien encontrarse. A menos que se sea un campesino, se pueden andar veinte millas sin encontrar ningún punto de referencia. Esto es debido a la similitud perpetua y enloquecedora de los árboles achaparrados, a esa monotonía que lleva al recién llegado a desear dejar el lugar y marcharse al sitio más lejano a donde llegue un tren o navegue un barco, y más lejos aún.

Pero esta campesina está acostumbrada a la soledad. Al principio la odiaba, pero ahora se sentiría mal si no estuviera sola. Cuando su marido vuelve se alegra, pero no se deshace en atenciones ni se muestra especialmente efusiva por ello. Le prepara un buen plato y arregla a los niños.

Parece contenta con su suerte. Ama a sus hijos aunque no tenga tiempo para demostrarlo y parezca muy severa con ellos. Las circunstancias tampoco son las propicias para que se desarrolle el aspecto sentimental o «femenino» de su naturaleza.

Debe estar amaneciendo, pero el reloj está en la otra habitación. La vela ya casi se ha consumido. Había olvidado que se le habían terminado las velas. Hay que ir a por leña para mantener el fuego encendido, así que encierra al perro en el interior y corre a la pila de leña. Ha cesado de llover. Intenta coger un tronco y al tirar de él – ¡crac! – se derrumba toda la pila de leña, dándole un susto de muerte.

El día anterior había negociado con un aborigen errante para que le trajera leños, y mientras él estaba trabajando, ella fue en busca de una vaca extraviada. Cuando regresó quedó asombrada al ver una pila de leña junto a la chimenea. Le dio un poco más de tabaco de lo normal y lo elogió por haber hecho tan buen trabajo. Él se lo agradeció y se marchó con la cabeza alta. Pero había dejado un hueco en la pila.

Ahora ella se siente dolida; cuando vuelve a la mesa se le saltan las lágrimas. Coge un pañuelo para secarlas, sin embargo se restriega los ojos con los dedos. El pañuelo está lleno de agujeros y se da cuenta de que ha pasado el pulgar por uno de ellos y el índice por otro. Eso la hace reír de repente, ante la sorpresa del perro. Tiene un profundo sentido del ridículo; piensa que algún día hará reír a los campesinos al contarles este incidente. A menudo comentaba cómo un día se había sentado para llorar desconsoladamente y cómo el viejo gato se había restregado contra su vestido y – como decía – «también lloró». Entonces ella había tenido que echarse a reír.

Ya casi es de día. La cocina está caldeada por el fuego de la chimenea. De vez en cuando Caimán mira la pared. De repente, algo capta su atención. Se acerca a unos centímetros del tabique

y se estremece. El pelo de su espalda empieza a erizarse; sus ojos amarillos brillan de cólera. Ella sabe lo que esto significa y apoya la mano en el palo. La parte inferior del tabique tiene una grieta a cada lado. Un par de ojos pequeños de mirada fría brillan desde una de estas hendiduras. Una serpiente negra sale lentamente, moviendo su cabeza de arriba a abajo. El perro se queda quieto y la mujer, fascinada, permanece sentada. La serpiente avanza un poco más. La mujer levanta el palo, y el reptil, consciente del peligro, se apresura a esconderse metiendo rápidamente la cabeza por otra grieta. Caimán salta y su boca se cierra con un chasquido. Ha sido un intento fallido porque tiene la nariz demasiado ancha; el cuerpo de la serpiente está pegado al ángulo que forman el zócalo y el suelo. Cuando mueve la cola intenta alcanzarla de nuevo. Esta vez la ha cogido y tira de ella unas 20 pulgadas. ¡Cloc! ¡cloc! La mujer da golpes contra el suelo. Caimán tira otra vez. ¡Cloc! ¡cloc! Caimán tira un poco más. Ya ha conseguido sacar la serpiente – una bestia negra de 5 pies. Ésta lleva la cabeza rápidamente, pero el perro tiene a su enemiga atrapada por el cuello. Es un perro grande y grueso, aunque veloz como un galgo. Zarandea a la serpiente como si la considerara el castigo común de la especie humana. El hijo mayor se despierta. Coge el palo y quiere salir de la cama, pero su madre, con una sartén de hierro en la mano, le obliga a retroceder. ¡Cloc! ¡cloc! La espalda de la serpiente está rota en varias partes. ¡Cloc! ¡Cloc! La cabeza está aplastada y Caimán tiene la nariz pelada.

La mujer recoge el reptil aplastado con la punta del palo, lo lleva hasta la chimenea y lo tira. Apoyada en la pila de troncos observa cómo se quema la serpiente. El niño y el perro también miran. La madre pasa la mano por la cabeza del perro, y toda la furia y la cólera desaparecen de sus ojos amarillos. Los pequeños se han tranquilizado y se disponen a dormir. El niño, con las rodillas sucias, permanece por un momento de pie en camisa, mirando el fuego. Entonces mira a su madre: le ve las lágrimas en los ojos, y, de repente, le rodea el cuello con los brazos y exclama:

—Mamá, yo nunca seré ganadero, ¡te lo juro, mamá!

Ella sin aliento lo abraza y besa, y permanecen sentados, así, juntos, mientras la luz del día irrumpe en el llano.

LA MUJER DEL GANADERO

(1892)

*Traducción: Mónica Monleón, Montse González Barri,
Imma Raluy, Eloísa Moyano*

LA MUJER DEL GANADERO

Murray Bail



Russell Drysdale, La mujer del ganadero (1945)

Quizá haya habido un error – aunque sin importancia – en el título de este cuadro. La mujer retratada no es «La mujer del ganadero»: es mi mujer. No nos hemos visto desde... debe hacer ya casi treinta años. Este retrato lo pintaron poco después de que ella se marchara – para encontrarse con él. Fíjense cómo esconde, muy oportunamente, la mano en la que lleva el anillo de bodas. Es un lienzo de 20 x 24 pulgadas, firmado en la parte inferior derecha por «Russell Drysdale».

Digo «poco después» porque lleva nuestra pequeña maleta – Drysdale hace que parezca una bolsa de la compra – y tiene puestas las playeras que solía llevar. Además el cuadro data de 1945.

Es Hazel, sin duda alguna.

¿Qué nos puede sugerir un rostro? ¿Que una mujer haya abandonado a su marido y a sus dos hijos...? Creo que en esto, el artista ha fracasado (aunque, ¿cómo iba a saberlo?): ha pintado a Hazel dándole una expresión resignada y de impotencia – como

si todo hubiera sido culpa mía. O como si hubiera sido una campesina durante toda su maldita vida.

Por otra parte, ha logrado el parecido.

Hazel era huesuda. Recuerdo que nuestra última discusión fue sobre su peso. Pesaba – lo tengo apuntado – 101 kilos y 600 gramos. Y no es que fuera muy alta. Veo que volvió a engordar. De hecho, engordaba fácilmente. Basta mirar sus piernas.

Debo reconocer que tenía una cara pequeña y bonita. Sus ojos siempre me sorprendieron. ¡Qué augustos eran! El retrato nos lo confirma. En conjunto, resulta una cara dulce, una de esas que gustan a las mujeres. ¡Quién sabe cuánto tiempo debió «durar» en condiciones adversas!

¡Un ganadero! ¿Por qué uno de esos ganaderos trashumantes? Me supuso un gran trauma.

«Sólo voy hasta la esquina», dejó escrito como de costumbre. Lo había apuntado en un trozo del papel de la carnicería y lo había dejado sobre la mesa.

La nota seguía: «Tu cena está en el horno. No le des zanahorias a Trev.» Y entonces ya me pareció que había algo extraño.

Esto sonaba como si no fuera a volver, pero después de darle muchas vueltas, descarté esta posibilidad.

Y creo que eso fue lo que más me dolió. Nada de «Querido» al principio de la nota; ni tan siquiera escribió «Gordon». Y al final, nada de «Besos» tampoco. Hazel se fue dejando tan sólo un adiós. Podríamos haberlo hablado.

Adelaide es un pueblo pequeño. La gente en seguida se enteró. La gente... me evitaba. Me quedé solo para cuidar de Trevor y Kay. Me llevó mucho tiempo – años – el poder contestar, si me lo preguntaban: «Se ha largado. No tengo ni idea de a dónde».

Es fantástico descubrirla a través de un retrato reproducido incluso en color. Supongo que, en cierto modo, la hace famosa.

No obstante, el cuadro no da muchos indicios. Se trata de un lugar en el interior del país, pero ¿dónde exactamente? ¿Es el sur de Australia? Podría perfectamente ser Queensland, el oeste del país o el Territorio Norte. No se sabe. Sería imposible encontrar ese lugar.

Él está inclinado sobre el caballo (quizá le esté dando de comer), por lo que se diría que estaba empezando a anochecer. La

forma de la sombra de Hazel lo confirma. Deben de ser las cinco de la tarde. Probablemente hace todavía un calor tremendo. Menudo lugar para pasar la noche. A esa hora ya debe de estar todo en silencio.

Hazel parece estar triste. La noto ausente. Ya no recuerdo bien; hacía poco que me había dejado; pero ella está alejada de él, en primer plano, como si no estuvieran hablando. ¿Lo ven? Distancia = Dudas. Habían tenido una discusión.

Por supuesto, quiero saberlo todo acerca de él. Ni tan siquiera sé su nombre. En el cuadro de Drysdale no se ve más que su silueta. Una figura completamente negra. Podía haber sido un aborigen: a finales de los cuarenta supe que algunos de ellos eran contratados para trabajos de ganadería.

Pero descarté esta idea.

Cogí una lupa. Quería observar la expresión de su rostro. ¿De qué color era su cabello? De cerca no se veían más que pinceladas. Era un hombre realmente misterioso.

Sin embargo, opino que es de pequeña estatura. Compárenla con la del caballo y con la de las ruedas del carro. O es bajito, o es que se trata de un pedazo de caballo.

Ahora empiezo a recordar.

El otro día tuve una discusión con nuestra hija Kay. Ella y Trevor suelen visitarme a menudo. Debo añadir que no se ha casado y que tiene la misma constitución que su madre. Me culpaba a mí: decía que la gente opinaba que ella era una buena persona.

Es cierto. Asentí.

—Entonces ¿por qué se fue?

—Tu madre —dije casi sin pensarlo— tuvo una mala racha.

¡Si las miradas matasen!

Busqué a mi alrededor:

—¡Le gustaba chapotear en el agua!»

Rió de forma antipática.

—¿Qué? Eres el colmo, te lo aseguro.

Por supuesto, no me había explicado adecuadamente. Ni siquiera sabía que se había ido con un ganadero.

En el fondo, Hazel era tímida, incluso conmigo: era tranquila y generalmente no tenía compromisos. Al mismo tiempo, puedo imaginármela dejando que le hicieran un cuadro tan poco tiempo

después de haberse marchado, sin dejar tan siquiera un número de teléfono, una dirección. Todo encaja. Resulta extraño, pero es así.

Aquella mala racha. Por primera vez la nieve había cubierto el monte Barker y el domingo fuimos allí con el Austin. Desde un punto de vista pictórico, era realmente extraordinario. A nuestros eucaliptos y a las cortezas fibrosas, en cierto modo, no les venía bien la sustancia blanca, ni siquiera a los viejos Eucaliptos Fantasma. Se lo comenté a Hazel, pero ella quería jugar y empezó a tirarme bolas de nieve. La gente se reía. Entonces se cayó de rodillas, chillando como una chiquilla. No pretendía reprenderla, pero me acerqué a ella:

—Vamos, levántate, no seas tonta.

Se quedó muy callada. No dijo nada durante horas.

Por supuesto, Kay no lo recuerda.

Ahora que sé lo que ha ocurrido y observando el retrato de Drysdale, puedo ver que Hazel también tenía su lado blando. Creo que era su tosquedad lo que me deprimía. Por ejemplo, cuando veía los cercos de sudor debajo de sus brazos, me ponía de mal humor. Me irritaba su manera de cortar la leña. Creo que se divertía cortando leña. Una vez, la pillé arrastrando hacia la casa el hielo para la nevera – era justamente después de la guerra. El repartidor parecía no darse cuenta y seguía buscando el cambio. No sé por qué, pero en cierto modo estas cosas hacían que la encontrara menos atractiva. Y luego, claro, mató aquella serpiente en la cabaña que alquilamos unas navidades en la playa. Por casualidad levanté la tapa del incinerador y apareció una bestia negra con la cabeza llena de golpes. «Estaba debajo de la casa» – explicó.

La cabaña tenía dos habitaciones sin pavimentar: un hornillo y un retrete hecho de amianto en la parte trasera. A Hazel le daba igual. Discretamente, siempre me llevaba la contraria; cuando llegó la hora de irnos estaba abatida. Yo tenía que volver a la ciudad para ir a trabajar.

El cuadro me hace pensar en mí. Por aquel entonces se dedicaba a pasearse alrededor de la casa en combinación y descalza. El vestido que lleva puesto en el cuadro parece una combinación.

Incluso solía quemar la basura en la parte trasera de la casa en combinación.

No sé.

«¡Hola, señora!» le solía decir al entrar en la cocina. Puede ser que esta forma de expresarme no fuera la más perfecta, especialmente teniendo en cuenta los criterios de hoy en día, pero ésta es mi manera de mostrar cariño. Creo que Hazel lo comprendió. Algunas veces, notaba que se conmovía.

Digo esto para demostrar que en nuestro matrimonio no todo eran críticas o discusiones. Cuando verdaderamente vine a darme cuenta de que se había ido, pasé noches enteras sentado en el salón con las luces encendidas. Soy dentista, y no se pueden tener las manos temblorosas cuando se es dentista. La noticia se divulgó. Únicamente ahora – toco madera – el negocio ha empezado a mejorar.

¿Explica esto totalmente por qué se marchó?

No del todo.

Volvamos al retrato. Drysdale ha omitido las moscas. No hay duda de que no quería que Hazel moviera la mano o que se posaran en su cara: es, sin embargo, una grave omisión. Altera la verdad en aras de una bella imagen o «composición». He estado por ahí, y hay cientos de moscas. No son necesariamente portadoras de microbios. Son moscas de monte, creo que las llaman, y te vuelven loco. Por supuesto, Hazel lo aceptaba todo sin ningún reparo. Tanto le daba el calor como las moscas.

Pasamos unas vacaciones de camping. Teníamos una de esas tiendas de campaña a rayas en forma de campana. En aquel momento pensé que hubiese resultado práctica – visible desde el aire – de habernos perdido. Ahora esto es ya un hecho. Aunque nunca olvidaré las tonalidades y la variedad de rocas que vi allí, no tengo ningún deseo de volver, ninguno. Me di cuenta de ello una noche. Yo estaba a unos metros de la tienda; el cielo tenebroso y el silencio que allí reinaba me hacían estremecer. Todo escapaba a la lógica. Durante el día, el monte, pequeño y espinoso, no sugería ninguna ayuda (iba a decir «simpatía»). Hacía un calor abominable.

Hazel se sentía todavía como pez en el agua. Tanto, que parecía no interesarse por los alrededores. Sentí que nos distanciába-

mos, como si yo no me sintiera a gusto, especialmente con ella. Me sentía fuera de lugar. Mi error fue creer que se trataba de una situación pasajera, que era más o menos su manera de mostrar indolencia.

Un lamentable incidente no pudo impedirlo. Buscábamos un lugar para acampar. «Todavía no. No, aquí no», decía yo – principalmente me hablaba a mí mismo, para que Hazel me dejara continuar casi sin decir palabra. Al final encontré un sitio. Se podía distinguir un árbol en la oscuridad. Nos acostamos. Pasada la media noche, unas luces y un ruido terrible nos despertaron. Los niños empezaron a llorar. Habíamos ido a acampar junto a la línea del ferrocarril Adelaide - Port Augusta.

A veinte o treinta millas al norte de Port Augusta, di la vuelta. Tenía que hacerlo. Parecía que estuviésemos perdiendo la razón. Incluso vimos a un ganadero andando solo por la zona. Estaba a un lado de la carretera, haciendo té. Cuando le pregunté por sus ovejas o su rebaño, hizo un gesto con la mano. Por alguna razón esto divirtió a Hazel. Se agachó. Todavía puedo ver su expresión: mala chica.

El hombre no habló mucho, pero nos ofreció té.

—Vale —dijo Hazel, sonriéndome.

Hazel y su mala racha – sabía que yo quería volver. El ganadero, diplomático, atizó la lumbre con un palo.

Le dije:

—Puedes quedarte, si quieres. Estoy en el coche.

Eso es todo.

Recuerdo que el ganadero, cabeza estrecha con sombrero kaki, no era muy hablador y llevaba unas botas llenas de polvo. No se le distingue. ¿Es él? No lo sé. Hazel, únicamente Hazel y el paisaje lo dominan todo.

(1975)

Traducción: Ana Olabarrieta, Marta Torres, Elisabet Tremosa

LA HUIDA

Katharine Susannah Prichard

El agente de policía John O'Shea era un hombre enojado cuando se fue del rancho Movingunda con tres niñas mestizas atadas detrás de él.

Los tres únicos hombres blancos que había en el rancho miraban, reían y charlaban cuando subió y se puso en marcha con una horda de madres aborígenes y de perros aullando tras él. La mayoría de los hombres nativos estaban fuera reuniendo ganado «gracias a Dios —pensó O'Shea— o podría haber pasado algo.»

Durante millas las mujeres y los perros los siguieron gritando y chillando; las niñas gritaban y chillaban también.

Las mujeres finalmente se quedaron atrás, pero las niñas siguieron lamentándose y lloriqueando.

O'Shea estaba contento de poder alcanzar la protección de la maleza y así seguir la pista sobre el terreno – árido y condenado a la sequía – en dirección a Lorgans.

Era un día claro, frío y soleado.

Desde la meseta del rancho O'Shea veía los claros extendiéndose a lo lejos; un azul grisáceo como el del mar en invierno, un triángulo de colinas azul oscuro en contraste con el lejano horizonte. Cerca, los árboles parecían muertos o moribundos, aunque las lluvias recientes habían dejado charcos. El verde fresco fue rayando la tierra rojiza cerca de ellos, creando manchas vivas sobre su malla de negros guijarros de hierro.

O'Shea se resentía por tener que recoger niñas mestizas y enviarlas a las instituciones gubernamentales por orden del Departamento de Aborígenes. No lo consideraba un trabajo para un hombre que debía mantener el prestigio del poder y mantener la ley y el orden en un distrito tan lejano de la capital.

Pero había recibido instrucciones de que debía enviar tres niñas mestizas de Movingunda en el tren que pasaba por Lorgans el ocho de ese mes. Así que no había más que recoger a las niñas y entregarlas al oficial que encontraría en el tren.

Había sido un feo asunto el separar a las niñas de sus madres. ¡Qué manera de gritar y aullar, farfullar e implorar, al intentar esconder a las niñas y salir corriendo con éstas entre los matorrales! Una de las madres y su niña aterrorizada se habían subido a un árbol cerca del riachuelo. Muy entrada la noche, madre e hija lograron volver arrastrándose y dormir junto al fuego del campamento; fue entonces cuando las capturó.

O'Shea sudaba y maldecía mientras pensaba en ello. Había sido objeto de burla para los hombres blancos de Movingunda, ninguno de ellos le hubiera echado una mano. Sabía que no hubiera valido la pena pedirles ayuda. Murphy había promovido buena parte del espectáculo. Era el padre de una de las niñas, pero no se atrevió a admitirlo. No se le podía culpar ahora que había una sanción por convivir con mujeres nativas. Pero Fitz Murphy estuvo viviendo con una durante años, y tuvo varios hijos suyos: todo el mundo lo sabía.

McEacharn, al menos, aclaró su posición:

—No —dijo—, no son hijas mías. Si lo fuesen, no te las llevarías.

También estaba todo el papeleo oficial, el ponerles nombres a las niñas sin referencia a los padres, ya fueran blancos o negros: sólo etiquetas para diferenciarlas. Una pérdida de tiempo, se dijo O'Shea a sí mismo, ya que el objeto de su viaje era separar a las niñas de sus familias aborígenes y de su entorno.

O'Shea había agotado toda su imaginación inventando nombres para crías mestizas. Este no era el primer grupo que tenía que inscribir en el registro. Se podía utilizar el nombre por el que se reconocía a la chica en el rancho, pero había que añadirle un apellido. O'Shea maldecía el reglamento.

Esta vez tenía los nombres nativos de las niñas: Mynie, Nanja y Coorin. Molly, Polly y Dolly eran más fáciles de recordar. Así que las inscribió como Molly, Polly y Dolly. Pero, los apellidos... — se rompía la cabeza buscando apellidos para todo el gru-

po. El padre de una niña no podía permitirse ser implicado, aunque ocasionalmente se podía adaptar el nombre de un rancho o distrito con resultados bastante satisfactorios.

—¿Qué significa Movingunda en la jerga de los negros? —le preguntó a McEacharn.

—Colina de Hormigas.

—Eso servirá —sonrió con sarcasmo O'Shea, y escribió «Hormiguero» detrás de «Molly».

—¿Que tal os va muchachos? —continuó—. ¿Alguno de vosotros desea ponerle un nombre a una chica?

—¡Ni hablar! —fanfarroneó Murphy.

—Todo lo que digas puede ser utilizado como testimonio en tu contra, ¿verdad Murphy? —replicó O'Shea secamente.

Los hombres se echaron a reír.

—Puedes darle mi nombre a todo el maldito grupo si quieres —gruño McEacharn—, aunque Dios sabe que yo no he tocado a las negras.

—Bien.

O'Shea garabateó «McEacharn» como apellido de la siguiente niña.

—¿Y la más joven?

Mick Donovan, el viejo explorador que había venido al rancho para comprar provisiones, sonrió:

—Ésta es la que te hizo correr tanto.

—Llámala «Pequeña» y todo arreglado —avisó McEacharn.

O'Shea estaba agradecido por la sugerencia.

—Bien —dijo, plegando su informe y guardándolo junto a un fajo de papeles en el bolsillo superior de su uniforme—. Este lote empezará su vida de señoritas con apellidos de muy buen tono.

Lo peor era que no podía recordar quién era quién, y las chicas no sabían quién de ellas debía ser Molly, Polly o Dolly. Sólo responderían a sus nombres nativos. Pero, ¡demonios!, ¡un hombre no debe preocuparse por eso! El Departamento tendría que clasificarlas de algún modo.

El estado de ánimo del agente O'Shea no mejoró mientras cabalgaba. Su caballo, Chief, una nerviosa y enérgica bestia, era muy difícil de controlar en la mayoría de las ocasiones, y esas

tres apestosas crías sentadas en su espalda le irritaban. No pesaban mucho más que un puñado de palomas silvestres, pero el balanceo de sus piernas y sus pequeños y huesudos traseros rozaban y molestaban a Chief. Había intentado más de una vez quitárselas de encima, sobresaltándose y dando vueltas cada vez que tenía una oportunidad. Las chicas se mantenían pegadas al caballo como parásitos, a pesar de estar atadas juntas. La mayor estaba atada a la cintura de O'Shea, las otras a ella.

Hacía calor al mediodía, el cielo era azul y despejado, y el sol deslumbrante. Cuando O'Shea sintió sed, dio a las chicas un trago de su cantimplora y un trozo de pan y otro de carne de la comida que el cocinero del rancho le había preparado. Las chicas estaban tan asustadas que le miraron fijamente, con los ojos desorbitados, cuando les habló. No dijeron ni una palabra. O'Shea se dio cuenta de que aún tendrían que hacer otra parada para comer, así que racionó las provisiones cuidadosamente.

No había previsto ese pícnic. Había esperado que McEacharn hubiese podido disponer de su coche para llevar a las chicas hasta Lorgans. McEacharn había dado a entender, con falsas excusas, que no podía hacer nada al respecto. Tenía un importante compromiso en Ethel Creek, a 100 millas en dirección contraria, y el calesín del rancho estaba fuera, en otro campamento.

O'Shea comprendió que si las chicas tenían que ser enviadas en tren en el plazo de tres días, tendría que ser él mismo el responsable de su transporte. No había otra solución que cargar con ellas. También tendría que pasar la noche a la intemperie.

Claro que también podía pasar por el rancho de Sandy Gap y pedir al encargado que los alojara a él y a sus pasajeras por la noche. Pero soportar otra noche de risas y juegos ¡de ninguna manera!, si era posible evitarlo. Iba a resultar incómodo acampar en el camino y tener que vigilar a esas pequeñas moscas. No tenía mantas, así que tendrían que dormir al calor de una hoguera. Tenía su chubasquero para utilizarlo como tela impermeable y como abrigo, y su silla de montar le serviría de almohada.

A la puesta de sol, cuando bajó a las chicas de su gran caballo, le hubiese gustado soltar las cuerdas que las ataban por la cintura, pero sabía perfectamente qué podía pasar si las dejaba en liber-

tad. Desaparecerían como un rayo. Conocían aquella tierra mejor que él, a pesar de ser tan jóvenes, y volverían a Movingunda. Además, parecería un verdadero estúpido persiguiéndolas, con todo el trabajo de capturarlas y de volverse otra vez con ellas.

En circunstancias normales hubiese tenido a su rastreador negro, Charley, para que vigilase a las chicas y encendiese el fuego. Pero Charlie estaba prestando declaración en un juicio nativo en Meekatharra. No había otro remedio que mantener atadas a las criaturas y ocuparse él de hacer fuego.

O'Shea maldijo su suerte cuando recogió un montón de troncos de acacia y les prendió fuego. Maldijo las esperanzas de promoción que le habían llevado al campo. Maldijo a Murphy y a cada hombre del Noroeste que hubiese engendrado mestizos. Maldijo a McEacharn por mostrar que no tenía intención de facilitar la tarea para que permitieran alejar a las jóvenes de su rancho. Maldijo al Señor Ministro Protector de Aborígenes y al Departamento por su odiosa costumbre de responsabilizar a los policías de trabajos en lugares insólitos que deberían realizar los oficiales del Departamento de Aborígenes. Maldijo a todo bien-intencionado hombre o mujer que creyera que el gobierno debía hacer «algo» por estas chicas mestizas, sin una consideración oportuna de lo que debía ser ese «algo».

Las tres pequeñas se sentaron en el suelo mirándole. Tres pares de preciosos ojos oscuros seguían cada uno de sus movimientos, alertas y recelosas. A la mayor de las chicas la había registrado con la edad de nueve años, a las otras con siete y con ocho.

Parte del enfado de O'Shea, aunque no quería admitirlo, era debido a la manera de mirarle las niñas. No podía soportar que le mirasen como si fuese un ogro que las fuera a devorar en cualquier momento. Era un hombre bien parecido, joven y bondadoso, y se enorgullecía de cumplir sus obligaciones concienzudamente, pero sin severidad.

Un hombre tenía que conseguir ser bien considerado para tener éxito en una región como ésta, donde O'Shea era el único policía en unas 100 millas a la redonda, y tenía que depender de la asistencia de los rancheros y de los directores de las minas en caso de emergencia. Este trabajo le hizo impopular entre los ranchos, y él

lo aborrecía. Hubiera preferido precipitarse a arrestar a una docena de borrachos camorristas, según decía, antes que tener que ir recogiendo chicas mestizas en nombre del Departamento de Aborígenes. ¿Por qué no podía el Departamento hacer su propio trabajo sucio?

O'Shea estaba molesto por la idea de que el trabajo que le habían obligado a realizar era sucio. ¿Cómo podría gustarle a una mujer que separaran sus hijas de ella, sabiendo perfectamente que no tendría oportunidad de volverlas a ver? ¿A su propia mujer, por ejemplo?

O'Shea sonrió, imaginando a cualquiera intentando separar a su esposa Nancy de sus hijos, el niño y las tres pequeñas de cabellos rubios. Pero después de haber dado algo de comer y de beber a las niñas aborígenes, tomó la precaución de atarles las manos con tiras de cuero para evitar que pudiesen aflojar la cuerda que tenían alrededor de sus cinturas y pudieran escapar. Las niñas se acurrucaron y se quedaron dormidas, gimoteando un poco, pero evidentemente sin esperanzas de escapar. O'Shea se estiró incómodamente al otro lado de la hoguera y cayó en un sueño ligero.

Al segundo día por la tarde llegó a Lorgans por un sendero que cruzaba la cordillera. Había procurado no llegar antes de que oscureciera, para que nadie lo viera.

Durante muchos años Lorgans había sido uno de esos pueblos mineros abandonados, en los que sólo quedan los restos de una vieja mina, un hotel y las ruinas de unas cuantas tiendas para dar testimonio de su pasado próspero. Pero las vías del tren aún pasaban a un kilómetro del pueblo y con la reapertura de la mina el pueblo adquirió vida nuevamente. El oro estaba dando buen resultado. A la designación de O'Shea siguió una intensa actividad minera en la llanura. Se abrieron nuevos pozos y surgieron comercios de entre las ruinas. En pocos meses Lorgans contaba con 300 ó 400 habitantes y O'Shea había traído a su mujer y a sus hijas a vivir al nuevo cuartel de policía, construido para él a la entrada del pueblo.

Cuando llegó a la verja del patio, situado detrás de su casa, O'Shea desmontó del caballo e hizo lo propio con Mynie, Nanja

y Coorin. No quería que su mujer le viera con esas niñas acongojadas detrás de él y se echara a reír, como seguramente haría. Se reía tan fácilmente. Su sentido del humor la mantenía rolliza y contenta en aquel «rincón abandonado», como ella solía decir; pero O'Shea no iba a dejar que se riese de él, si podía evitarlo.

Un perro empezó a ladrar al advertir su presencia. La señora O'Shea salió precipitadamente de la casa en el instante en que oyó los ladridos. Sus hijos pululaban a su alrededor. Era una mujer rubia, gruesa, bastante joven, jovial y con unos pechos generosos. Sus hijos eran igual que ella: tenían el pelo rubio y la piel clara y rosada. Llenos de entusiasmo y excitación, corrieron a saludar a su padre. Este alzó a su hijo en brazos mientras las niñas se aferraban a él.

Fue la señora O'Shea quien descubrió a las tres pequeñas mestizas acurrucadas y mirándola fijamente con una expresión de asombro y angustia.

—Oh, Jack —exclamó—. ¡Pobres criaturas! ¿Qué vas a hacer con ellas?

—¿Tú qué crees? —preguntó O'Shea impaciente—. ¿Quedármelas como animales domésticos?

Sus hijas sospechaban lo que había pasado. Preguntaban alborotadamente:

—Papá, ¿les diste una vuelta en tu caballo?

—Papá, ¿por qué no podemos dar una vuelta en tu caballo?

—Papá, ¡yo también quiero montar detrás de ti en Chief!

—Quiero dar una vuelta...

—Papá, ¿puedo dar una vuelta también?

Las mestizas miraban atónitas a los otros niños. ¿Cómo podían hablar al policía de forma tan descarada y despreocupada?

—Pero no pueden seguir atadas así —protestó la esposa, todavía preocupada por aquellas pequeñas e infelices criaturas.

—Son salvajes como los pájaros —exclamó irritado el policía—. Si les diese una oportunidad, volverían a Movingunda en menos que canta un gallo. Y yo no volvería a pasar por todo lo que he pasado, para cogerlas otra vez, ni siquiera por un montón de dinero.

Bajó a su hijo del caballo y caminó hacia un cobertizo de chapa de hierro ondulada que tenía una pequeña ventana cuadrada tapada con alambre de espino. Abrió la puerta violentamente.

—Vosotras, venid —dijo—. No os haré daño. La señora os traerá comida dentro de poco.

Mynie, Nanja y Coorin se acercaron lentamente, con desgana, hacia la puerta; sus ojos buscaban desesperadamente algo que las salvara de aquel oscuro cobertizo.

Éste servía de calabozo, pero no se utilizaba casi nunca excepto para encerrar a algún borracho descontrolado o a algún prisionero nativo.

—No las pongas ahí, Jack —imploró su mujer—. Se morirán de miedo... y está haciendo un frío terrible estas noches.

—No las puedes llevar a casa —replicó O'Shea.

—¿Y qué me dices de la habitación al fondo de la terraza? —insistió su esposa—. Allí no pueden hacer ningún daño. Las llevaré mientras tú das de comer a Chief.

—Haz lo que quieras. Mañana les tocará lavado y desinfección.

O'Shea se desabrochó la chaqueta azul marino del uniforme, la colgó en un poste y se dirigió a desensillar el caballo.

—Venid, niñas —llamó alegremente su esposa a las mestizas. Éstas se arrastaron tras ella, mientras cruzaba el patio pesadamente. Sus propios hijos la siguieron con curiosidad.

—Venga, acabad de cenar —les dijo la madre—. Ah, Phyll, cuida de que Bobbie no derrame su cacao sobre el mantel.

O'Shea retiró con gestos rápidos la sobrecincha y la cincha de la silla de montar; las levantó con una mano, y el gran bayo le siguió al establo. Antes de entrar en la casa dio una abundante y rica comida a su caballo, lo almohazó y llenó de agua la pila situada al lado de la puerta del establo.

El niño estaba sentado en la sillita alta, y las tres niñas blancas, aproximadamente de la misma edad que aquellas criaturas mestizas, estaban parloteando alborozadamente después de la cena. Tenían un aspecto muy saludable y encantador, con las coletas cuidadosamente trenzadas y los delantales estampados cubriendo los vestidos. Nancy era una madre estupenda. Siempre conseguía

que los niños estuviesen aseados y guapos a la hora de la cena, y todo limpio y agradable cuando su marido regresaba de uno de aquellos largos viajes.

Pero esa noche en cuestión, mientras asaba su bistec junto al fuego, Nancy parecía algo preocupada. Su habitual talante jovial y afable se había ensombrecido.

—Estaré contenta cuando nos vayamos a otro lugar —dijo, poniendo un plato con un gran bistec, huevos escalfados y patatas fritas delante de su marido—. Todos estos raptos de niñas están acabando con mis nervios.

—Yo estoy tan harto como tú —replicó O'Shea quisquillosamente—. Si el Departamento quiere que lleve a cabo este trabajo, tendrán que proporcionarme un coche o al menos una calesa.

—Es una auténtica vergüenza la forma en que se aparta a esas niñas de sus madres —exclamó la señora O'Shea—. Las nativas acudirán desde Movingunda durante meses para preguntarme qué les ha pasado a sus hijas. Y yo, ¿qué puedo decirles?

—Explícales que han ido al sur para convertirse en señoras, como ya lo has hecho otras veces.

—No me creen. No se puede mentir a una aborigen. Lo único que sé es que nunca volverán a ver a sus hijas. Las niñas no recordarán a sus madres y las madres les perderán la pista a sus hijas.

—La gran idea es que se salva a las niñas de la vida depravada en los campamentos —le recordó O'Shea.

—Todo eso está muy bien —gritó indignada la mujer—. ¿Pero acaso el resultado no es el mismo al fin y al cabo? Las niñas aprenden a leer y a escribir y se convierten en criadas. Pero más de la mitad acaba igualmente llevando una vida depravada en la ciudad. Solamente que allá en el sur es peor para ellas, porque están entre desconocidos. Si una chica mestiza tiene un hijo aquí, es algo normal. Pero en el sur, es una desgracia. Bueno, y ¿por qué no se les puede dar a las chicas la oportunidad de volver, trabajar en los ranchos y casarse? Claro, porque las mujeres son tan escasas en el campo que las mestizas ocupan el primer lugar.

—Yo no tengo la culpa.

Su marido se dirigió pesadamente hacia una cómoda silla al lado del fuego y se desplomó en ella. Se quitó las botas de montar y estiró sus largas piernas cubiertas por calcetines tejidos a mano subidos hasta el final de los pantalones de montar.

—Te acuerdas de Emmalina del rancho de Koolija —continuó la señora O’Shea—. Cuando le enviaron a su hija al sur, se sentó al lado de la casa y estuvo gimiendo durante días. Si hubo alguna vez una mujer que murió porque alguien le rompiese el corazón, ésa fue ella.

—Por el amor de Dios, Nancy —protestó O’Shea—. Deja ya de preocuparte por esas niñas. Estoy harto de esas pequeñas bestias y de que se me tome por un estúpido. Ya he tenido bastante con soportarlas durante todo el viaje.

Mynie, Nanja y Coorin, sentadas en el suelo de la habitación contigua, oían la conversación; oían por primera vez algo sobre lo que iba a ser de ellas. Escuchaban absortas, mirando hacia la ventana enrejada con alambre de espino.

Sus rápidos sentidos, al escuchar cada movimiento y cada palabra, construían vívidas imágenes de lo que estaba sucediendo a la luz del fuego de la cocina, que habían vislumbrado al pasar por la terraza. Podían ver a O’Shea comiendo y – de pie y a su lado – a su mujer hablándole.

Cuando una de las niñas blancas pidió más pan con mermelada, pudieron oír a la madre, que estaba cortando el pan, dar una bofetada al chico por meter los dedos en la mermelada. Él chilló, y su padre lo bajó de la sillita y lo sentó en una de sus rodillas al lado del fuego. Las niñas gritaron por sentarse también en la rodilla de su padre, pero él las amenazó con enviarlas a la cama en aquel mismo momento si no se callaban y se portaban bien.

Cuando la familia terminó de comer y estuvo satisfecha, la señora O’Shea anunció que iba a llevar algo de comer a aquellas «pobres criaturitas». Un momento después giraba la llave de la puerta al fondo de la terraza y aparecía con un plato de pan con mermelada y tazas de té en una bandeja.

Mynie, Nanja y Coorin la miraron mientras ponía una taza esmaltada ante cada una de ellas y el plato de pan con mermelada

en medio. No era necesario repartir las porciones. La señora O'Shea sabía que ellas lo harían escrupulosamente.

Las niñas estaban atadas una a otra por las muñecas. La señora O'Shea se movía con indecisión entre ellas, sonriendo y tratando maternalmente a aquellas niñas tan aterrorizadas y silenciosas. Eran unas criaturas muy delgadas, con grandes ojos marrones y pestañas rizadas, cabello castaño oscuro despeinado, y con *gina-ginas* – tan sólo pedacitos de tela de algodón descolorido – sobre sus flacos cuerpos.

La habitación era una celda en todo excepto en el nombre y estaba reservada a los prisioneros más respetables. Había una mesa y una silla, y una cama cubierta con sábanas de un azul grisáceo. La ventana no tenía cristal, pero estaba enrejada con alambre de espino.

No existía ninguna posibilidad de que las mestizas pudieran salir cuando la puerta se cerraba, se dijo la señora. Así que se tomó la justicia por su mano: se arrodilló, y con sus firmes dientes blancos desató las correas que las ataban.

Ella sabía que Jack se pondría furioso si descubría lo que había hecho. Por la mañana ataría a las niñas de nuevo y confió en que nadie, excepto ella y las niñas, lo supiera. Se podía confiar en que ellas no dirían nada.

De todas maneras, estaba segura de que no hubiera pegado ojo pensando en aquellas pobrecitas sentadas allí como espantajos, atadas, pasando frío miserablemente. Cogió una manta de la cama y la estiró en el suelo para ellas.

—Tomad —dijo de un modo acogedor—. Seréis buenas chicas ¿verdad? No trataréis de escapar. El jefe me mataría si lo hicierais.

Cuando se marchó, cerrando la puerta tras ella, Mynie, Nanja y Coorin se apoderaron de las rebanadas de pan con mermelada que les había traído y tragaron el té caliente y dulce hecho con leche condensada.

La habitación estaba casi a oscuras, tan sólo la iluminaba aquel cuadrado de cielo estrellado enmarcado por la ventana enrejada con alambre de púas. Cuando Mynie hubo terminado su pan con

mermelada y todo el té de su taza, se acercó sigilosamente a la ventana.

Miró hacia afuera furtivamente. A través del patio, detrás de la casa del los O'Shea, de los establos y de la cerca de los caballos, estaba el negro muro de las colinas. Mynie podía ver el sendero por el que el agente de policía había entrado, serpenteando la mina y el viejo pueblo hasta que desaparecía por una oscura masa de árboles. Un sorbido de nariz y un estremecimiento de instintiva decisión fueron suficientes para informar a sus compañeras. Los oscuros ojos se comunicaron prudentes y cautelosos.

Apoyándose contra la pared, en la sombra, Mynie empezó a toquetear el alambre de espino. Comprobó cada hilera por el lugar en que los clavos sujetaban el alambre al marco. Sus dedos se ensortijaban y giraban, avanzando lentamente.

Mynie, tras comprobar varias hileras de alambre, se dio la vuelta para mirar a Nanja y Coorin con un destello en sus ojos. Se arrastraron sigilosamente y vieron un par de clavos sueltos en sus cuencas. La madera se había deteriorado de manera que se podían extraer los clavos y doblar el alambre para dejar un hueco a través del cual el cuerpo de un niño lograría pasar.

Las tres volvieron a su sitio en el suelo cautelosamente y se sentaron mirando y esperando. Coorin se durmió. Su cabeza cayó en el hombro de Nanja, pero ésta y Mynie escuchaban – tensas y alertas – todo lo que estaba sucediendo en la cocina.

La señora O'Shea metió al niño en la cama. Envío a las niñas a que se lavaran y cepillaran el cabello. Ellas no querían irse a la cama. El policía les contó una historia sobre tres cerditos. Entonces le besaron diciendo ¡Buenas noches, papá!, una y otra vez, y se marcharon corriendo entre risas y parloteos.

—No olvidéis vuestras oraciones —exclamó la señora O'Shea.

Una tras otra, las pequeñas niñas blancas rezaron como si estuvieran recordando las palabras de una canción de *corroboree* :

Jesusito de mi vida
tú eres niño como yo,
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón.

¡Tómalo! ¡Tómalo!
Tuyo es y mío no.

La señora O'Shea entró en la habitación, besó a las niñas y apagó la luz. Quedaba todavía la vajilla por fregar. Iba y venía rápida y alegre, retirando los platos de la mesa. Él bostezó y se despezó durante largo rato.

Al final exclamó:

—¡Estoy muerto de cansancio! ¿Qué tal si echamos un sueñecito?

Se fueron a una habitación de la parte delantera de la casa. Mynie y Nanja los oyeron moverse de acá para allá mientras se desvestían. La cama crujió cuando se metieron en ella. Durante un rato el policía y su esposa charlaron suavemente. De vez en cuando la risita de la señora O'Shea se apagaba. Entonces todo quedó en silencio. Solamente el sonido de una respiración regular vibraba a través de los delgados tabiques, el sonido de dos personas durmiendo profunda, tranquilamente, con algún suspiro ocasional o un largo y contraído ronquido.

Mynie y Nanja no necesitaban hablarse. Despertaron a Coorin. Inmediatamente comprendió por qué lo habían hecho. Una sola idea las dominaba a las tres. No sabían si creer que el policía mataría a su mujer si descubría que les había desatado las manos y la correa. No podían pensar en eso.

Su único instinto era escapar. Volver a las colinas y llanuras, a los chamizos de su propia gente. Era un país extraño, salvaje, el que tendrían que atravesar. Se encontraban en la parte más alejada de las colinas que habían sido los límites de su mundo. Aquellas misteriosas y azules colinas donde, decía Wonkena, vivía el *gnarlu*, el espíritu maléfico que llegó de la oscuridad saltando como una rana, cada vez que había un *corroboree* en Movingunda.

Habían oído a las mujeres cantar para asustarlo y habían visto a la vieja Nardadu en persona levantarse y arrojarle una estaca ardiendo una vez que se acercó demasiado al fuego del campamento. Les aterrizzaba la idea de cruzar de noche el territorio del *gnarlu*. Pero eran tan pequeñas e insignificantes, pensó My-

nie, que podrían encontrar el camino de regreso a Movingunda sin ser vistas. De cualquier modo, había que superar el miedo si no querían que se las llevaran y no volver a ver nunca más a sus madres y su tierra.

Mynie se deslizó hacia la ventana y manipuló los clavos. Los extrajo. Sus ojos buscaban el cercado. Nada se movía. Volvió a doblar el alambre donde lo había desenredado. El agujero era suficientemente grande como para poder abrirse paso. Nanja levantó a Coorin. Mynie tiró de ella y la depositó en el suelo. Nanja se atascó y tuvo que hacer muchos esfuerzos para poder reunirse con ellas.

Durante un rato, se pegaron a la sombra de la casa, temerosas de moverse, no fuera que el perro se lanzara sobre ellas y sus ladrillos despertaran al policía O'Shea y a su mujer. Luego, gatearon bajo la terraza, hasta el lado opuesto. Pisando con cuidado, cruzaron el terreno guijarroso hasta el camino, sin mover apenas una piedra.

De pronto, silenciosamente, con sus pies desnudos y endurecidos, echaron a correr a gran velocidad hacia la colina. En pocos minutos el pueblo quedó atrás. Mientras subían por la colina, los árboles se acercaban, rodeándolas: *mulga* oscuro y rechinando, susurrando con voces extrañas; espino y *minnereechi* proyectando negras sombras; sombras que se extendían y se apretaban, deslizándose con una risa seca y aguda.

Nanja y Coorin se mantenían cerca de Mynie mientras continuaban. Las tres se apretaron una junto a otra cuando los desviados brazos de un árbol muerto oscilaron en dirección a ellas. Llevadas por el viento, se deslizaron a través de la maleza. La maleza se volvía más densa. Formas que se retorcían las miraban de cerca, maliciosamente, desde cada arbusto. Dedos delgados y huesudos trataban de asirlas y de arañarles las piernas, de romper sus *gina-ginas*. Continuaron, llegando por fin a un barranco entre dos grandes colinas.

En lo más profundo de las colinas había un estanque, pero Mynie se alejó de él, sabiendo que los peores espíritus se esconden junto al agua oscura. Un siniestro «¡guauc! ¡guauc!» procedente del estanque las obligó a trepar por la colina. Las grandes

rocas curtidas por la intemperie eran menos terribles que los árboles; se deslizaron de la sombra de una roca a otra, deteniéndose – con los corazones palpitándoles frenéticamente – para escuchar y observarlas, antes de marcharse sigilosamente.

Entonces se levantó la luna, una bandeja de plata empujándose hacia el otro lado de la colina. La luna apenas estaba a mitad de camino cuando una figura achaparrada y pesada pasó a través de ella, brincando y dejándose caer pesadamente en dirección a ellas.

Era el *gnarlu* – Mynie, Nanja y Coorin estaban seguras que era el *gnarlu*, el espantoso espíritu del mal, que habían visto brincando y dando pesados saltos, exactamente así, en el fuego del campamento durante un *corroboree*. No aguardaron a ver si este *gnarlu* tenía las mismas marcas blancas. Esta vez Nardadu no estaba para ahuyentarlo con la tea. Mynie se dio la vuelta y huyó, con Nanja y Coorin detrás de ella. Volvieron por donde habían venido, a través del barranco y de nuevo a la oscura maleza, llegando por fin a la senda que conducía a las minas, el pueblo y la casa del agente de policía.

El cielo ya tenía la media luz del falso amanecer antes de que llegaran allí. Se deslizaron por debajo de la cerca, atravesaron el terreno guijarroso al lado de la casa y gatearon por debajo de la terraza hasta el lado opuesto. El alambre de espino estaba abierto, exactamente como lo habían dejado. Mynie se retorció a través de él. Nanja levantó a Coorin. Luego ella misma se alzó a través de la ventana.

Cuando estaban sentadas, acurrucadas otra vez en el suelo, sus ojos se miraron y asintieron. Sin decir una palabra coincidían en que su miedo ante el futuro no era nada comparado con los horrores que habían dejado atrás. Incluso era un consuelo escuchar al policía y a su mujer durmiendo tranquilamente, suspirando con ocasionales ronquidos interminables.

Mynie se deslizó hasta la ventana, encontró los clavos en la repisa donde los había dejado, los colocó en su sitio y les dio vueltas con el alambre. Hecho esto, volvió a donde estaban Nanja y Coorin, se estiró en el suelo y arrastró la manta hacia ellas.

Cuando la señora O'Shea trajo porridge y leche unas horas más tarde, estaban todavía dormidas, yaciendo como crisálidas en la sombría manta.

—Sois buenas chicas —dijo alegremente—. Sabía que podía confiar en vosotras. Sois un poco negras, también un poco blancas.

—¡Yukki! —respiró Mynie, preguntándose si era ése el motivo por el cual habían vuelto a casa del hombre blanco. La señora O'Shea encontró la correa y la puso alrededor de sus cinturas de nuevo. Concienzudamente, como si estuviera pidiendo disculpas, anudó las tiras de cuero.

*Traducción: Anabel Martín, Susana Litrán,
Adolfo Fernández, Sergio Sanjosé, Miquel Franch*

MI LUGAR

Sally Morgan

Del capítulo 24:

—¡Voy a escribir un libro!

Estábamos a principios de 1979: era un buen momento para plantearse nuevos propósitos. Mamá parecía atónita:

—¿Otro de tus nuevos proyectos? —preguntó sarcástica. Estaba acostumbrada a mis ideas disparatadas.

—Esta vez no se trata de un proyecto, mamá —respondí con determinación—. Esta vez lo haré de verdad.

—¿Será un libro para niños?

—No, un libro sobre la historia de nuestra familia.

—No puedes escribir sobre la familia —farfulló ella—. ¡No sabes nada!

—Ya, pero voy a averiguarlo.

—¿Cómo?

—No sé, como sea.

—Pues, no esperes ninguna ayuda por parte de la abuela. Sabes que es una vieja cascarrabias. Sólo después de las visitas de Arthur ha sido capaz de dejar caer algo.

—Querer es poder, mamá —le repliqué alegremente—. Y yo, desde luego, quiero.

—Ay Sally, ¡ojalá no emprendieras esos proyectos! Molestas a todo el mundo y después no llegas nunca hasta el final. Pues bien, no voy a preocuparme porque vayas a escribir un libro. Pronto se te irán las ganas.

—¿Qué te apuestas?

Mamá me tomó más en serio a la semana siguiente, cuando compré una máquina de escribir y comencé. Mientras observaba el torpe movimiento de mis dedos me comentaba:

—A esa velocidad te llevará toda la vida acabar una página.

—No. Me voy a enseñar a mí misma a escribir a máquina. Es sólo cuestión de práctica. Adquiriré mayor rapidez.

—Por cierto, ¿qué escribes?

—Estoy poniendo lo que sé. No es mucho, pero es un comienzo. Después trataré de rellenar lo que no sé, y espero que me ayudes.

—No puedo ayudarte. No sé nada.

—Sólo *crees* que no sabes nada. Estoy segura de que si fueras a buscar en lo más profundo de tu memoria saldrías con algo.

—No vale la pena que cuentes conmigo, Sally.

—¡A veces eres tan mala como la abuela! Tienes que ayudarme, eres mi madre, es tu deber.

—No hace falta que te pongas tan dramática. Sabes que te ayudaría si pudiera.

—Pero sí que puedes ayudarme mamá. Te has pasado toda la vida junto a la abuela. Tienes que ser capaz de contarme algo sobre ella. Lo que a ti te pueda parecer poco importante podría servirme de pista a mí. Por ejemplo, ¿cómo es que la abuela y Judy están tan unidas?

—Ya te lo he contado, la abuela fue su niñera. Judy era una niña muy enfermiza, supongo que eso las unió más.

—¿Cómo es que la abuela era su niñera y no fue otra persona?

—Pues, no sé. Te dije que la abuela venía de Corunna, el rancho del padre de Judy.

—Sí, es verdad —dije despacio—. ¿Sabes?, creo que iré a hablar con Judy. No sé cómo no se me ocurrió antes. Ves, ya me has dado una pista.

—Dios mío, no creo que sea una gran pista. Judy no te dirá nada. A la abuela y a ella les encantan los secretos.

—No veo mal en intentarlo.

—¿Qué vas a preguntarle?

—Bueno, le preguntaré por el rancho y por qué eligieron a la abuela para venir a Perth. Le preguntaré por Ivanhoe también.

Ivanhoe era una enorme casa antigua situada en Claremont, un barrio de Perth a orillas del río Swan. Era donde la abuela había pasado la mayor parte de su vida laboral.

—El otro día fui a la biblioteca Battye.

—¿Para qué?

—Es una biblioteca de historia. De la historia de Australia Occidental. Quería estudiar algo sobre los aborígenes.

—¡Oooh! —dijo mamá amablemente—. ¿Encontraste algo interesante?

—Pues sí. Averigüé que había mucho de lo que sentirse avergonzado.

—¿Quieres decir que deberíamos sentirnos avergonzados?

—No, me refiero a Australia.

Mamá se sentó:

—Cuéntame lo que leíste.

—Bien. Cuando la abuela era más joven, a los aborígenes se les consideraba inferiores e incapaces de ser educados como los blancos. Ya sabes, la industria ganadera se levantó con el trabajo de los esclavos. Se forzaba a trabajar a los indígenas, y si no querían, los dueños del rancho llamaban a la policía. Puede que no los vendieran a tocateja como a los negros en América, pero también los consideraban como una propiedad.

—Ya lo sé —dijo mamá con lágrimas en los ojos.— Los trataban muy mal. Sé que la abuela...

Se detuvo:

—Mejor será que me vaya, mañana tengo que trabajar.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

—Sí, ibas a decir algo.

—No es nada, Sally, nada. Haces una montaña de un granito de arena.

—No, mamá, tú haces granitos de una montaña.

—No quiero hablar de ello ahora. Quizá más tarde. Tendrás que darme tiempo. Si quieres que te ayude, tendrás que darme tiempo.

Me di cuenta de que mamá estaba bastante trastornada.

—Vale, te daré todo el tiempo que quieras, con tal de que me ayudes.

—Lo intentaré —suspiró—. Pareces dispuesta a hacerlo de verdad.

—Lo estoy.

—No creo que sea muy inteligente. No sabes si alguien puede ofenderse. Vas entrometiéndote, no tienes ningún tacto. Podrías encontrarte en dificultades.

—Sé arreglármelas.

—Si hablas con Judy, sólo conseguirás trastornar a la abuela. Se está haciendo vieja. Cuando se entere de que quieres escribir un libro se alterará muchísimo. ¿No puedes simplemente olvidarte del pasado? Así no le harías daño a nadie.

—Mamá, ya ha habido gente herida. Nos han hecho daño a ti, a mí y a la abuela, a todos nosotros. Quiero decir que durante años, ¡le he estado diciendo a la gente que soy hindú! Tengo derecho a conocer mi propia historia. Ahora que pienso en ello, nunca llegaste a contarme por qué nos mentiste sobre eso, lo de ser hindúes.

—Venga, vamos a dejarlo, ya he tenido bastante por una noche.

Mamá se levantó deprisa:

—Ve a ver a Judy si quieres, pero no molestes a la abuela.

—¿Quieres venir conmigo cuando vaya?

—No.

—Sólo era una pregunta. Oye, por cierto, el otro día conseguí una copia de tu partida de nacimiento.

Mamá volvió a sentarse con la misma rapidez.

—¿Cómo lo hiciste? No sabía que pudieras hacerlo.

—Es fácil. Sólo tienes que acudir a la Oficina General del Registro Civil. Les dije que la quería para el historial de la familia. Traté de conseguir las de la abuela y de Arthur, pero no las tenían. Casi ningún indígena tenía partida de nacimiento por aquel entonces.

—Sally... —añadió ella con desconfianza—, ¿quién figuraba como mi padre? ¿Estaba en la partida de nacimiento?

—Había un espacio en blanco en ese lugar. Lo siento mamá.

—Sólo un espacio en blanco —dijo mamá entre dientes—. Sólo un espacio en blanco. Es terrible, es como si no perteneciera a nadie.

No había contado con que le afectara tanto. Me sentí fatal. Mamá había sabido durante toda su vida que la abuela nunca se había casado.

—Lo siento de veras, mamá. Pedí tu certificado porque pensé que podría darme algunas pistas, pero no ha sido así. Excepto que naciste en el hospital King Edward Memorial. No es algo muy común. No creo que hubiesen admitido a una indígena allí por aquel entonces.

—¿Ahí es dónde nací?

—Sí, seguro.

—Bueno, por lo menos has averiguado algo.

—Le habrás preguntado a la abuela quién era tu padre, ¿no?

—Sí.

—Quizás Judy lo sepa.

—Probablemente sí, pero no lo dirá. Le pregunté una vez y se limitó a repetir: «Está en la sangre». Ella sabrá lo que quería decir.

—Apuesto a que no le preguntaste directamente. Te andas demasiado por las ramas. ¿Por qué no la abordas y le dices: «Judy quiero saber quién es mi padre y no me marcharé de aquí hasta que me lo digas»?

Mamá sonrió:

—No podría hacerlo, no tengo el valor suficiente. De todos modos, él no podía haberse preocupado menos por mí, si no ya habría dado señales de vida. Y cuando la abuela necesitó ayuda, no había nadie. No puede ser un buen hombre.

—Sabes, mamá, sólo por lógica, debe tratarse de alguien que se mezcló con la gente de Ivanhoe.

—¿Tú crees?

—Sí, tiene sentido. ¿Había allí algún soltero?

—No. Jack Grime vivió allí durante años, pero no podría ser él.

—¿Por qué no?

—Pertenece a la alta sociedad, era un caballero inglés. El hijo de su hermano es ahora uno de los veterinarios de la Reina.

—Quizá sería mejor que compráramos un perro.

Mamá se rió.

* *
*

De la historia de la abuela, Gladys «Daisy» Corunna (1931-1983):*

Te contaré una historia sobre nuestros nombres de blanco. Mi madre estaba en Hedland, en el Norte, con nosotras tres cuando una enfermera inglesa la vio cerca del pozo y le dijo:

* De la historia de Alice Drake-Brockman (capítulo 26): “«Corunna Downs» fue el nombre que mi marido dio al rancho. Por aquel entonces él estaba leyendo un libro de poesía a los indígenas y había un poema sobre «Corunna». Creo que era una ciudad en España. Así pues, el rancho recibió ese nombre.”

—¿Tienes nombres para tus tres hijas?

Mamá respondió que no.

—Bien, te diré tres nombres, realmente bonitos. A ésta la podemos llamar Lily; a ésta, Rosie; y a ésta pequeña, Daisy.

Yo era la pequeña de la familia. No nos importaba llamarnos así. Pensábamos que éramos lindas flores.

(1987)

Traducción: Cristina Llamas Bravo de Laguna

AL VERTEDERO

Patrick White

—¡Eh!

Gritó él desde la casa, y ella continuó cortando madera en el patio. Su brazo derecho golpeaba, aún firme, musculoso, aunque ya otras partes de su cuerpo estaban empezando a aflojarse. Golpeaba con el derecho mientras que el brazo izquierdo le colgaba inerte. Astillaba el leño a derecha e izquierda. Era una experta con el hacha.

Porque había que serlo. No se podía esperar gran cosa de un hombre.

—¡Eh!

Era Wal Whalley que gritaba de nuevo desde la casa.

Entonces llegó a la puerta, llevando aquella vieja y sucia gorra de béisbol que había birlado del *Army Surplus*, donde vendían los restos del ejército americano. Era todavía un hombre bastante apetecible, aunque la barriga había empezado a apretarle contra el cinturón.

—¿Ya estás haciendo el numerito? —preguntó aflojándose la camiseta bajo las axilas; en casa de Whalley la comodidad era norma.

—¡Oye! —protestó ella—. ¿Qué te has creído que soy? ¿Un cacho de madera?

Sus ojos eran de ese azul brillante..., su piel como la de un melocotón maduro. Pero cuando sonreía, algo pasaba: su boca se abría para mostrar húmedos huecos y las coronas de oscuras muelas picadas.

—A una mujer le gusta que la llamen por su nombre —dijo.

Nadie había oído nunca a Wal llamar a su mujer por su nombre. Nadie había oído nunca su nombre, aunque estaba impreso en el censo electoral. De hecho, era Isba.

—No sé nada de ningún hombre —dijo Wal—. Pero tengo una idea.

Su mujer estaba atusándose el pelo. Por lo menos era natural, lo había hecho el sol. Todos los niños habían heredado el color de pelo de su madre y, cuando estaban juntos, con su piel dorada, echándose para atrás el pelo ingobernable, parecían una manada de potros salvajes.

—¿Cuál es la maldita idea? —preguntó ella, porque no podía seguir allí plantada.

—Coger un par de botellas frías y pasar la mañana en el basurero.

—Pero si es la misma idea de siempre —rezongó.

—No, no lo es. No me refiero a nuestro basurero. No hemos estado en el de Sarsaparilla desde Navidad.

Ella atravesó el patio y entró en la casa refunfuñando. El contrachapado gris y sin pintar despedía un olor a desagüe que se mezclaba con otro de arándano machacado y de acanto. Tal vez fuera el que los Whalley estuvieran en el negocio de la recuperación lo que hiciera que su casa amenazara con venirse abajo.

Wal Whalley se ocupaba de los vertederos. Naturalmente había otros trabajillos. Pero nadie tenía tan buen ojo como Wal para las cosas que una persona necesita: baterías descargadas y armazones de cama musicales, una alfombra con manchas difíciles de ver, alambre, más alambre, relojes ansiosos por participar otra vez en la carrera del tiempo. Objetos de comercio y misterio estaban esparcidos por el patio trasero de los Whalley. El mejor era una caldera oxidada en la que se metían los gemelos para jugar a escondidas.

—¿Eh, qué te parece? —gritó Wal, y empujó a su mujer con el costado.

Ella casi metió el pie en un agujero que se había abierto en el entablado de la cocina.

—¿Qué me parece qué?

Medio recelosa, soltó una risita. Porque Wal sabía aprovecharse de su debilidad.

—¡Mi idea, joder!

Así que ella empezó de nuevo a refunfuñar. Al moverse por la casa la ropa le irritaba la piel. La luz del sol caía amarillenta so-

bre las masas grises de las camas deshechas, convirtiendo en oro la pelusilla de los rincones. Algo la preocupaba, algo pesado la oprimía.

Por supuesto. Era el entierro.

—Tienes razón —dijo, como si súbitamente se hubiera dado cuenta—. No es mala idea. Así los niños se comportarán. Me pregunto si el sinvergüenza de Lummy nos honrará con su presencia.

—Un día le daré su merecido.

—Es sólo que está en la edad difícil.

Ella estaba junto a la ventana con aires de sabiduría. Era el funeral lo que la hacía sentirse solemne. Le ponía la carne de gallina.

—Menos mal que se te ha ocurrido lo del basurero —dijo, contemplando la casa de ladrillo rojo del otro lado de la carretera—. Si hay algo que me deprime es tener que ver pasar un entierro.

—No será desde aquí. Se la llevaron la misma tarde. Saldrán de la funeraria Jackson.

—Menos mal que la diñó a principios de semana. Los fines de semana no son tan considerados.

Empezó a arreglarse para la excursión al vertedero. Se estiró un poco el vestido y se puso unos zapatos.

—Apuesto a que *ella* se sentirá aliviada. Aunque no lo demostrará, claro. Era su hermana. Me da que Daise le sentaba como una patada.

Entonces la señora Whalley volvió a la ventana. Como por instinto. Efectivamente, allí estaba Ella. Mirando en el buzón, como si no hubiera recogido ya la correspondencia. Inclineda sobre el pilar de ladrillo en el que estaba empotrado el buzón, la cara de la señora Hogben expresaba todo lo que la gente espera de los afligidos.

—Daise era una buena persona —dijo Wal.

—Daise era una buena persona —asintió su mujer.

De pronto se preguntó: ¿y si Wal, y si Wal alguna vez hubiera...?»

La señora Whalley se arregló el pelo. Si no hubiera estado tan satisfecha – y lo estaba, como admitieron sus ojos mientras re-

cordaba – quizá también habría seguido el ejemplo de Daise Morrow.

Al otro lado de la carretera la señora Hogben estaba gritando:

—¡Meg!, llamó, ¡Margaret!

Aunque lo hacía por puro hábito, sin dirección. Su voz sonaba hoy más débil.

Entonces la señora Hogben se fue.

—Una vez un hombre me llevó a un funeral—dijo la señora Whalley—. Me hicieron mirar dentro del ataúd. Era su mujer. Estaba muy afectado.

—¿Echaste un vistazo?

—Lo fingí.

Wal Whalley respiraba con dificultad en la sofocante habitación.

—¿Cuándo calculas que deben empezar a oler mal?

—¿Oler mal? ¡No los dejan! —afirmó su mujer categóricamente—. Tú eres quien huele mal, Wal. ¿No se te ha ocurrido bañarte?

Pese a todo, a ella le gustaba su olor. La siguió de la sombra a la luz. Se miraron y sus cuerpos se reafirmaron mutuamente. La certeza de la vida iluminaba sus rostros.

Wal le retorció el pezón izquierdo.

—En el camino pasaremos por el Bull y compraremos los refrescos.

Lo dijo más dulcemente de lo que era normal en él.

La señora Hogben llamó una o dos veces más. En el vestíbulo de ladrillo la sorprendió el frescor de la casa. Le gustaba el fresco, pero no el frío, y aquello era, si no exactamente frío, al menos, demasiado repentino. De manera que entonces lloriqueó, muy débilmente, por todo lo que se tiene que sufrir, sobre todo por la muerte. Aunque era su hermana Daise quien había muerto, la señora Hogben lloraba por la muerte que estaba esperando para llevársela a ella cuando le llegara su hora.

—¡Me-eg! —llamó.

Pero nadie podía ayudarla. Se detuvo para ahuecar la tierra alrededor de las raíces de la planta de aluminio. Siempre tenía que estar haciendo algo. La hacía sentirse mejor.

Meg no la oyó, naturalmente. Estaba de pie entre los arbustos de fuscias, observando desde la sombra verdosa. Era delgada y pecosa. Estaba horrible porque mamá la había obligado a ponerse el uniforme, ya que el entierro de tía Daise era una especie de ocasión formal. En estas circunstancias no sólo parecía delgada, sino que lo estaba. La señora Ireland, que creía mucho en los deportes, le había dicho que debía mantener las puntas de los pies hacia afuera, ya que, de lo contrario, crecería patizamba.

Así que Meg Hogben estaba, y se sentía, horrible. Su piel era verde, excepto cuando la lucha entre luz y sombra se le reflejaba en la cara y los capullos de fucsia le rozaban las inocentes mejillas, infundiéndoles algo de su propia sangre en oleadas carmesíes. Sólo sus ojos resistían. No eran de un gris común. Lorrae Jensen, que los tenía azules, decía que eran ojos de gato soñoliento.

Una pandilla de seis o siete chicas de secundaria – Lorrae, Edna, Val, Sherry, Sue Smith y Sue Goldstein – se juntaba en vacaciones, aunque Meg a veces se preguntaba por qué. Habían pasado por casa de los Hogben el martes por la tarde.

Lorrae dijo:

—El jueves bajaremos al lago de Barranugli. Sherry conoce a unos chicos que tienen un par de ges. Han prometido llevarnos a dar una vuelta después de bañarnos.

Meg no sabía si estaba contenta o avergonzada:

—No puedo. Mi tía ha muerto.

—¡Ooh! —dijeron tristemente.

No podían irse demasiado rápido, como si hubiera sido algo contagioso.

Se marcharon mumurando.

Meg se sintió importante por un momento.

De modo que ahora se había quedado sola con su importancia ya muerta, en los arbustos de fuscias, el día del entierro de tía Daise. Había cumplido catorce años. Recordó el anillo de oro trenzado que le había prometido tía Daise. «Cuando me muera», le había dicho su tía. Y ahora había pasado. Meg sospechó sin rencor que no había habido tiempo de pensar en el anillo: lo cogería mamá para añadirlo a todas las cosas que tenía.

Entonces apareció Lummy Whalley entre los alcanforeros de enfrente agitando su cabeza de pelo quemado por el sol. Ella odiaba a los chicos de pelo blanco. La verdad es que odiaba a los chicos en general y también cualquier intrusión en su intimidad. A Lum lo odiaba más que a ningún otro. El día que le tiró una mierda de perro. Le dio un repeluzno sólo de pensarlo. ¡Puf! Aunque el viejo excremento sólo le había rebotado sobre la piel, demasiado seco para importar, ella había entrado en casa y había llorado porque, bueno, a veces cultivaba su dignidad.

Ahora Meg Hogben y Lummy Whalley se ignoraban mutuamente, incluso cuando se miraban.

«Meggy patas largas
Margaret un palillo es...»

Lum Whalley vibraba como un papel de fumar entre los alcanforeros que podaban cada tantos años para hacer leña. Hizo un corte en la corteza con la navaja. Una vez, en un crepúsculo caluroso grabó: I LOVE MEG, porque era costumbre, como en las paredes de los retretes y en los trenes, pero no significaba nada, por supuesto. Después rasgó la oscuridad como si fuera un asiento de tren.

Lum Whalley hizo como que no había visto a Meg Hogben escondida en los arbustos de fuscias. Con su uniforme marrón. Más tiesa y más marrón que para ir a la escuela, porque era el entierro de su tía.

—¿Me-eg? —llamó la señora Hogben—. ¡Meg!

—¡Lummy! ¿Dónde demonios estás! —llamó su madre.

Lo llamó por todas partes, en el cobertizo de madera, detrás del retrete. ¡Que grite!

Él odiaba su nombre. Sonaba como si fuera un maldito mocososo. En la escuela se hacía llamar Bill, que no era tan vergonzante como Lum ni tan feo como William.

La señora Whalley dobló la esquina.

—¡Me estoy desgañitando! —dijo—. Precisamente ahora que tu padre ha tenido una buena idea. Nos vamos al basurero de Sarsaparilla.

—¡Mmm...! —dijo él.

Pero no escupió.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

A la señora Whalley le gustaba tocar a sus hijos, incluso en los momentos menos apropiados. A menudo el contacto asistía al pensamiento. Además también le gustaba su tacto. Estaba satisfecha de no haber tenido niñas. Los chicos se convertían en hombres, y no se podía vivir sin hombres, aunque te tomaran el pelo, se emborracharan o te pegaran.

Así que puso la mano sobre Lummy, intentando tocarle. Iba vestido, pero podría haber estado desnudo. Lummy no había nacido para ir vestido. Tenía catorce años, pero parecía mayor.

—Bueno —dijo ella, aparentando estar más molesta de lo que estaba—, no voy a perder más tiempo por un chiquillo enfurruñado. Haz lo que quieras.

Se fue.

Como papá ya había sacado el cacharro, Lum se encaramó. Al menos la parte posterior de la furgoneta era privada, aunque no fuera ningún modelo de lujo.

El hecho de que los Whalley tuviera un turismo también desconcertaba a mentes más racionales. Aparcado entre las gramináceas que había delante de la choza de los Whalley, parecía robado, y casi lo era, ya que había vencido el plazo para el tercer pago. Fuera como fuese, se deslizaba con suavidad por la carretera de Barranugli para ir a echar una siestacita ante el bar del Northern Hotel. Lum habría sido capaz de quedarse todo el día admirando el coche de la familia. O tumbarse dentro y deslizar los dedos sobre el plástico.

Pero ahora iban en el vehículo de trabajo. Los huesos del trasero se le clavaban en las tablas. El carnosos brazo de su padre sobresalía por la ventana, repugnándole. Al poco, los gemelos salieron de la caldera oxidada. El salvaje Gary —¿o fue Barry?— se cayó y se hizo un rasguño en la rodilla.

—¡Por el amor de Dios! —chilló la señora Whalley, y se echó para atrás su pelo igual de salvaje.

La señora Hogben observó cómo esos Whalley se marchaban.

—En una zona residencial con casas de ladrillo, nunca lo hubiera creído —le insistía de nuevo a su marido.

—Todo a su debido tiempo, Myrtle —volvió a replicar el Concejal Hogben.

—Claro que si hay *razones* —dijo ella.

Porque los concejales, ella lo sabía, tenían razones.

—¡Pero esa casa! ¡Y un Custom!

La saliva de la amargura se le subió a la boca.

Era Daise quien había dicho: «Voy a disfrutar las cosas buenas de la vida», y había muerto en aquella especie de cuchitril, con un simple vestido de algodón. Mientras que Myrtle tenía una casa de ladrillo color de hígado – sin una sola mancha de humedad en el techo –, tenía lavadora, fosa séptica, televisión y un turismo Holden Special color crema, sin olvidar a su marido, Les Hogben, el concejal, que además también era constructor.

Myrtle estaba rodeada de sus cosas, y hubiera continuado lamentándose por el Ford Custom que los Whalley no habían pagado, si no hubiera estado lamentándose por Daise. Lo que le dolía a la señora Hogben no era tanto la *muerte* de su hermana, como su vida. De todos modos, todo el mundo lo sabía y no había nada que hacer.

—¿Crees que vendrá alguien? —preguntó la señora Hogben.

—¿Por quién me tomas? —replicó su marido—. ¿Por uno de esos clarividentes?

La señora Hogben no se dio por enterada.

Después de considerar el asunto, había anunciado el fallecimiento en el *Herald* :

MORROW, Daisy (Sra.), súbitamente, en su residencia
Calle Descampado, Sarsaparilla.

No había nada más que decir. No hubiera sido justo para Les, un funcionario público, sacar a relucir el parentesco. Y lo de «Sra.» – bien, todos se habían acostumbrado a ello cuando Daise empezó a salir con Cunningham. Se convirtió en algo natural conforme se alargaba el asunto. «No te desesperes, Myrt», solía decir Daise, «Jack lo hará cuando muera su mujer». Pero fue Jack Cunningham quien murió primero. Daise dijo: «Son cosas de la vida».

—¿Crees que Ossie vendrá? —le preguntó el Concejal Hogben a su esposa, más lentamente de lo que a ella le hubiera gustado.

—No lo había pensado.

Lo cual quería decir que sí lo había hecho. A decir verdad, se había despertado por la noche, y acostada, fría y rígida, no había podido apartar de su mente la imagen de la nariz roja y goteante de Ossie.

La señora Hogben se precipitó hacia un cajón que alguien —nunca ella— había dejado abierto. Era una mujer delgada, pero vigorosa.

—¿Meg? —llamó—. ¿Te has cepillado los zapatos?

Les Hogben se rió entre dientes. Siempre lo hacía cuando pensaba en la última excentricidad de Daise: liarse con aquel muerto de hambre sarnoso de Ossie, del descampado. ¿A quién le importaba? A nadie, aparte de a su familia.

A la señora Hogben la horrorizaba la posibilidad de que Ossie, que encima era católico, estuviera al lado de la tumba de Daise, aunque nadie, aunque sólo fuera el señor Brickle, lo viera. Cada vez que Ossie Coogan se le pasaba por la mente, al Concejal Hogben le entraban ganas de clavarle un cuchillo a su cuñada.

Quizá, ahora, se alegraba de que Daise hubiera muerto. Una mujer menuda, más menuda que su propia mujer, Daise Morrow era grande por naturaleza. Cuando venía de visita estaba en todas partes. Charlaba a la mínima oportunidad. Llegó un momento en que a Les Hogben se le hizo insoportable oírle reír. Una vez se apretó contra ella en el vestíbulo. Lo había olvidado, o casi. ¡Cómo se había reído Daise!: «No ando tan escasa de hombres como para escoger a mi propio cuñado». ¿Fue realmente él quien se apretó? No mucho, no intencionadamente, al menos. Así, el incidente se había ido borrando de la memoria del Concejal Hogben, mortecino como el vestíbulo de linóleo marrón.

—Está sonando el teléfono, Leslie.

Era su mujer.

—Estoy demasiado alterada para contestar —dijo ella.

Y empezó a llorar.

El Concejal Hogben se fue al vestíbulo arreglándose los pantalones.

Era el bueno de Horrie Last.

—Sí..., sí... —dijo el señor Hogben por el auricular que su mujer limpiaba con Centella.

...

(1964)

Traducción: Patricia Lluch

LA LIBIDO Y LECCIONES SOBRE LA VIDA

Frank Moorhouse

Cuando se dio cuenta de que la libido le había bajado durante su estancia en Viena pensó que era porque estaba de viaje – la bestia fuera de su medio ambiente no se siente lo bastante segura como para aparearse o, quizá, para reproducirse. Sus razonamientos lo llevaron a que los animales necesitan sentirse seguros. Pero nosotros somos algo más que animales. Algunas veces llegó a ponerse cachondo mientras viajaba. Ahora no se sentía sexualmente excitado desde hacía muchos días, incluso después de volver a Australia.

—¿Qué pasa? —se dijo—. ¿Es esto un tipo de suicidio?

¿Se suicidó por esto su abuelo? ¿Qué llega primero, la pérdida del interés por la vida o la pérdida de la libido?

Sus fantasías se embotaban. Podía hacer el amor sin estar muy excitado. Otra explicación era que estaba «madurando» y dejando atrás la sexualidad ocasional. ¿Era éste el modo en que un adulto de sexo masculino debía sentirse a los cuarenta? Todos los libros decían que la llegada a los cuarenta no implicaba un cambio en la libido. ¿Acaso mentían los libros?

Descubrió también que deseaba mucho más «sentir deseo» que mantener una relación sexual. Ahora le complacería sentir la plena fuerza del deseo, estar inquieto y con apetencia.

Recordó cómo había brotado en él el deseo por Belle. Un deseo tan intenso que lo hacía levantarse de la cama, meterse en el coche y conducir en plena noche para verla.

Comprendió por qué Fausto, en la ópera de Gounod, pidió volver a sentir deseo.

¿O quizás estaba mejor sin deseo?

Se dijo que, si estuviera ausente el tiempo suficiente, el deseo desaparecería como parte de su propia persona. ¿Sería capaz de imaginarlo?

Podría estar bien.

Tener ganas de saborearlo, pero no de satisfacerlo —eso no—; era el estado en el que se sentía inmerso ahora.

Ahora quería explicárselo a Belle: aún podía reconocer visualmente la sensualidad o la atracción sexual, pero parecían desconectadas de la reacción hormonal física. La comunicación se había cortado.

Se le ocurrió que podía tener alguna relación con su ataque de hepatitis.

Su especialista del hígado encontró divertida esta pregunta inesperada:

—Sí, pero yo sólo soy un especialista del hígado.

El doctor reflexionó:

—Es posible que el hígado, que regula el fluido de estrógeno en el interior del cuerpo y su salida al exterior, se vea afectado por la hepatitis. Puede ser una sobrecarga de estrógeno.

El encuentro con Belle, que se consideraba una grandísima puta, confirmó que su libido estaba en decadencia. Sus encantos ya no tenían la fuerza de atracción que antes le movilizaba a distancia, y el deseo que ella le provocaba ya no caía sobre él como una mujer armada hasta los dientes saltando desde un árbol.

—¿Qué te pasa? —dijo ella después de un polvo nada emocionante.

—Me falta fuerza.

—Ya lo veo.

—Estoy acusando una sobrecarga de estrógeno. De mi hepatitis.

—¿Te estás convirtiendo en mujer?

—No exactamente.

—Estabas erecto, pero te faltaba energía, un poco de marcha.

—Quizá porque estoy entrando en los cuarenta. Quizá mientan los libros.

—¡Vamos! Si es por tu hepatitis, pasará. Pero dime, ¿cómo se siente uno a los cuarenta?

Le explicó a Belle cómo «se siente uno» a los cuarenta.

Acabas aceptando que no puedes conducir y beber una taza de café *take-away* al mismo tiempo.

Tienes tus dudas sobre si ir a una fiesta. Las fiestas dejan de ser acontecimientos de posibilidades ilimitadas.

Te das cuenta de que has consumido cuarenta años criando un niño dentro de ti.

Tu ex mujer está muriendo de cáncer y un amigo tiene un bulto prominente en la cara, pero no lo mencionas.

Lees tu curriculum vitae con una apacible curiosidad para averiguar «cómo eres en realidad». Echas un vistazo a tu formación y experiencias en la vida para recordar y decirte a ti mismo que has vivido «intensamente». Te ves sentado en un bar revisando tu pasaporte, recordando todo lo que has visto y lo poco que recuerdas.

Tienes la impresión de que es demasiado tarde para preocupar a un psiquiatra con tus problemas, demasiado tarde para rehacerte, tienes que *aguantar* así y sientes que los psiquiatras no querrían gastar el tiempo contigo (te queda poca vida para vivirla útilmente).

Anhelas paralizar tu vida durante un año y viajar a la playa para volver a leer todos los libros importantes de tu vida, sintiendo que quizá no los leíste bien cuando eras joven, o que «sacarás más provecho» ahora. O que has olvidado demasiado esos libros.

Encuentras que expresiones como «hacer lo que uno quiere» y «estar bien con uno mismo» son trampas que en realidad no corresponden a nada. El descanso sólo existe tras la volatilidad de las interacciones humanas, el nerviosismo y la fricción forman parte de la vida, y la ansiedad es un telón de fondo bastante previsible en un mundo peligroso e inseguro.

Los excesos en la vida se consiguen con demasiada facilidad, no son heroicos y te complacen cada vez menos. Te das cuenta de que los mejores placeres están dirigidos, estructurados, cuidadosamente esculpidos a partir de la vida que te has labrado.

El pasado se acerca cada vez más a medida que tú mismo tienes una historia. Ser cuarentón te desconcierta respecto a lo que «cuarenta años» representan en el tiempo, al poco espacio que ocupan. Algo que ocurrió digamos cincuenta años antes de que nacieras queda dramáticamente cercano.

Ves el dormir como parte del vivir, no como tiempo perdido o algo que haces con exceso. Aprendes a disfrutar del dormir. Ves que tus sueños son una parte interesante de tu vida.

Te das cuenta de la enorme distancia que existe entre los detalles biográficos y lo que hay detrás de ellos: la densidad del conflicto y de la desesperación que reposan en los minutos y horas de la vida. Te das cuenta que el éxito es siempre discutido, calificado de inseguridad y desafiado por los cambios constantes en la jerarquía de las generaciones sucesivas. Los momentos muy especiales y los éxitos suelen llegar después de que el deseo de alcanzarlos haya pasado.

Tienes días en los que la monotonía de cortarte las uñas, cortarte el pelo, lavarte los dientes, limpiarte el culo, y el eterno deterioro de ti mismo y del mundo que te rodea te cansa más de lo que podías imaginar.

A veces todavía esperas una gran apertura de tu vida, que tu vida altere su curso tras un encuentro con alguien, tras recibir una carta. A veces deseas experimentar un gran trastorno, una renovación y la certeza de un cambio a ciegas.

Te das cuenta de que realmente nunca has tenido una vida organizada. Hay partes de tu vida siempre en desorden, cosas no debidamente completadas; parches o experiencias que podrían ser mejoradas. A veces sientes que necesitas limitar tu vida a vivir menos pero mejor.

Observas que fragmentos de sueños nocturnos, fragmentos de viajes, inconsecuentes fragmentos de relaciones del pasado, de la niñez, empiezan a entremeterse o deslizarse a través de tu conciencia sin sentido perceptible, tal vez amenazando con la locura, el desequilibrio.

Ves que has estado sin casa propia, viviendo en casa de otros, en campamentos, en moteles, en hoteles. Has acampado en la vida.

Observas con pesar que nadie con una filosofía de la vida vendrá a resolver tus dilemas intelectuales. Ningún libro vendrá a alterar seriamente tu vida. Sientes que tienes bien dominados los límites actuales del conocimiento y del razonamiento y los forzosamente limitados usos de la fe. Reconoces que mantienes tus fórmulas personales e inestables, sin mucha confianza, para protegerte de las arenas de una realidad caótica. Sabes que una sutileza podría ocupar su lugar, pero también que el acantilado racional podría un día hundirse por completo. Te das cuenta día a día de que la razón y el conocimiento han alterado poco el curso de los acontecimientos.

Después de haber aceptado tus propias imperfecciones es necesario aceptar también las imperfecciones del mundo, calcular cuánta imperfección de ti y del mundo te ha tocado para acomodarte a ella sin descanso y sin comprometerte en esfuerzos inútiles para cambiarla – esfuerzos que son más protesta y desesperación que intervenciones planificadas. Cuántas situaciones encuentras inaceptables, lamentables, tendrías que rebelarte contra ellas. Con cuánta maldad nos toca vivir. Cuánto desorden. Calcular lo «incambiable».

Además de las exigencias de ser una persona amable, para lo cual no das la talla en ningún momento, tienes que vivir el recrudecimiento de las amantes y el amor perdidos, que aparecen sin anunciarse en tu mente, en tus sueños. Te llaman. Te ves llorando por el amor perdido.

Aprendes que la mayor parte de las cosas requiere un tiempo propio para su formación, para saborearlas, para haberse formado adecuadamente. Incluidas las compras.

Intentas con todo tu esfuerzo que todas las conversaciones sean posibles y todas las posturas negociables. Evitas a la gente que dirige la conversación hacia la competitividad, o que te hace sentirte inseguro o estar a la defensiva, o que te causa un comportamiento de pobreza intelectual. Algunas personas bloquean tu mente y disminuye tu calidad de funcionamiento. Algunas personas mejoran este funcionamiento.

Te das cuenta de que nada se olvida en realidad o se pierde en la mente; simplemente el acceso al banco de datos de la memoria se vuelve errático.

Lees informes y cartas escritas muchos años atrás y ves que a lo largo del tiempo has poseído muchos más conocimientos de los que tienes conscientemente. Esperas haberlos aprovechado en tu cadena de razonamiento, que se alarga en el tiempo desde hace veinticinco años.

Te preguntas si las profecías están inconscientemente formadas por millones de órdenes y si después hacen irrupción en forma de señales, avisos, precauciones, orientaciones, mensajes autostablecidos, autodirigidos, que han recibido esta forma para su revelación urgente y dramática.

Eres incapaz de determinar si has llevado la más rica de las vidas o la más miserable y deformada.

—Bueno —dijo Belle—. ¿Eso es todo? ¿Es eso todo lo que has aprendido?

—Lo triste es que he aprendido algunas de estas cosas más de una vez.

—Creo que esperaré hasta que tenga que aprender alguna de estas lecciones —dijo ella.

—Llegan en su momento, cuando ya no son de mucha utilidad.

Traducción: Victorina Rius Gumbau

DE UN DIARIO DE MONTAÑA

Navidades en el corazón del país
con la persona inadecuada

Frank Moorhouse

Aquellas navidades fue a los Montes Budawang con su decadente amiga Belle.

Al cumplir él los cuarenta, habían organizado una serie de orgías por los restaurantes y moteles de la costa; las sábanas empapadas de champán exhalaban todos los olores y fluidos que dos cuerpos podían ofrecer a lo largo de la sorprendente y tenebrosa relación sexual en que se sumían. Pero, ya agotado el diálogo afable, las conversaciones en los restaurantes se volvieron improductivamente sádicas.

El se había dedicado cada vez más a conversar consigo mismo sobre el hecho de «llegar a los cuarenta»; ella era demasiado joven para comprender qué podía significar cumplir los cuarenta. Además, él intentaba resarcirse de la pérdida de su joven compañera, que estaba en el extranjero y «enamorada».

Al llegar las navidades, sintió también nostalgia de su casa. Su familia no se encontraba en el pueblo por aquellas fechas; de todas maneras, con los años su añoranza se había desplazado, ya no echaba de menos a su familia o el pueblo costero donde había crecido, sino los montes que se encontraban detrás, a cincuenta kilómetros: las salvajes tierras de Sassafras, en los Budawang.

Antes de dejar la ciudad, colocó los enseres de acampar en el coche. Se adentraron en el monte hasta que se terminó el camino; entonces continuaron a pie con las mochilas.

De vez en cuando, a medida que se internaban más y más, echaba una ojeada a Belle para ver si el día bochornoso y gris y la

tierra le afectaban. Sabía el pánico y la histeria progresiva que podían provocar los yermos australianos.

Ella lo vio y dijo:

—Ya me las arreglo. Deja ya de darte la vuelta y mirarme.

Caminaron durante más o menos una hora y llegaron al llamado Mirador de Mitchell.

—Esto es el Mirador de Mitchell —dijo él—. Como puedes ver, no es un mirador estilo guía Rotary.

Era un rellano rocoso con vista parcial sobre el desfiladero.

—Los miradores son un tributo a la naturaleza que el club Rotary ha sabido mantener. Hay un río allá abajo; tendrás que creerme porque la vegetación es demasiado espesa y no se puede ver.

—Ya lo veo.

—Es absurdo, lo único que puedes ver con claridad desde aquí es el otro lado del barranco. Podría haber otro mirador allí para ver el de Mitchell.

La vio mirar al otro lado y después el puesto donde se encontraban. Hizo un ligero mohín que indicaba que no lo encontraba tan «absurdo».

—Yo no voy al monte para ver paisajes —dijo él.

—¿Para qué vas entonces?

—Para sentirme engullido del todo. No voy para ver curiosas formaciones de la naturaleza. La Obra del Señor no me maravilla.

Por razones que no podía explicar y que no hizo constar en su diario, decidió colocar la tienda en el saliente rocoso que dominaba el barranco.

—Verás cómo dormir en la roca no está tan mal —dijo él—. Está mucho mejor de lo que uno imagina.

—Si tú me lo dices —repuso ella, descargando la mochila.

—Yo voy al monte por pura experiencia sensorial, sin análisis —dijo él—. No voy a nombrar pájaros, términos geológicos y demás.

—No tienes que disculparte por no saber los nombres de los pájaros o de las piedras.

Cortó unos helechos para utilizarlos a guisa de cama, más que nada como un detalle símbolo de confort.

—Sí, ¡seguro que sirve de algo! —dijo Belle.

—Es simbólico.

Montó la tienda, apuntalando las esquinas interiores con piedras y atando los vientos a las rocas.

—Incluso he llegado a utilizar piedras como cojines —dijo él.

Ella se sentó con las piernas cruzadas y empezó a limpiarse con una lima la suciedad que tenía en las uñas pintadas.

De repente él se preguntó si ella habría usado una piedra de cojín alguna vez en la vida, y si el hecho de dormir encima de las rocas estaba o no en realidad tan mal.

—Ya está, la tienda está lista.

Ella la miró, fue hasta allí, miró dentro, pero no entró.

—¿Qué tal una copa?

—Por supuesto, es la *happy hour*. De hecho, cualquier hora puede ser la hora feliz.

Ella rio para sus adentros ante aquella respuesta.

El fue a buscar las bebidas.

—Yo prepararé la comida de Navidad: será mi aportación —dijo ella.

—No, yo estoy acostumbrado a los fuegos de campo.

—Mira, tú puedes ser australiano desde hace cuatro generaciones, pero, por el amor de Dios, no eres el único que puede cocinar con fuego en el campo.

—De acuerdo, de acuerdo...

Mientras bebían el bourbon, él se preguntaba si realmente sabría hacerlo. Pensó en lo que al final se podría aprovechar para comer. Entonces dijo ella:

—Yo también he pasado por la Experiencia Australiana.

—¿Sabes qué hacer si te pierdes en el monte?

—No, no pretendía que me hicieras un examen, pero dime, ¿qué hago si me pierdo en el monte?

—Te quedas donde estás, te preparas un martini bien seco, y en pocos minutos tendrás a alguien allí diciéndote que lo estás haciendo mal.

—Ja, ja. Ahora mismo no me vendría mal un martini.

No la había visto nunca cocinar. En su relación no había más que restaurantes y hoteles de lujo.

—Pero la idea de venir al monte fue mía. Déjame cocinar.

—Cocinaré yo.

—De acuerdo, si esto te hace feliz...

—Pues me hace feliz, Hemingway.

Hizo un fuego bajo, lento, justo como se hace, y apoyó marmittas y potes sobre los carbones. No era como él lo hubiera hecho, pero no dijo nada.

El carbon vegetal parece estable hasta que, a medida que se va consumiendo, los cacharros se ladean y se vuelcan.

Ella se colocó de cuclillas junto al fuego. Primero puso las patatas a asar. Luego cogió los trozos de conejo (que no habían cazado ellos; él no había traído las escopetas) y los untó con mostaza, riendo silenciosamente al tiempo que murmuraba para sí: *lapin moutarde*. Los envolvió con papel de plata y los colocó entre las brasas con un palo plano. Luego se santiguó. Puso las mazorcas de maiz a hervir, echó en el agua de las zanahorias el azúcar de los sobres cogidos del motel, y puso a cocer las judías. Seguidamente calentó la crema de langosta, a la que echó unas gotas de Bloody Mary, diciendo de nuevo algo que él no pudo captar.

Un sortilegio gitano, quizás.

Puso el budín de ciruelas a calentar y preparó con esmero unas natillas.

Estaba en cuclillas ante el humeante fuego, mezclando y moviendo los potes cuando convenía, echando un trozo de madera a la base del fuego para avivarlo en el momento oportuno, todo esto gracias a lo que él suponía era instinto primitivo. Él bebía bourbon a tragos largos de una petaca de oficial de la Primera Guerra Mundial y se la pasaba a ella de vez en cuando. Le gustaba imaginarse que había pertenecido a uno de los amantes de su bisabuela. Ella seguía en cuclillas, callada, totalmente absorbida por lo que estaba haciendo.

Bebía el bourbon y, de vez en cuando, se convertía en oficial de la Primera Guerra Mundial. Ella había adoptado una postura propia de tiempos lejanos, de cuando se hacían las cosas primitivamente (¿cuáles?), de unos miles de años atrás cuando la humanidad cocinaba en fuegos de campo. O de una época más reciente, la Colonización.

Se fue a sentar en una roca y, con la brújula suiza y los mapas topográficos 1:25.000 del Departamento de Cartografía, se intentó orientar para identificar algunos de los lejanos picos.

—La montaña del Dios Oculto.

—Muy bien —dijo ella sin levantar la cabeza.

Continuó mirándola, gozando con sus posturas.

Abrió una botella de Coonawarra Cabernet Shiraz del 68.

—Ya está a punto —dijo ella, musitando algo a continuación.

Presentó la comida en el orden correcto, todo perfecto, en el momento oportuno; no estaba ni demasiado cocida, ni fría, ni había cenizas o tierra en ella. La sirvió en los platos de papel que habían comprado.

El la felicitó.

—No hay de qué sorprenderse —le dijo ella.

Comieron la comida de navidad y bebieron el vino en las copas Guzzini que él había comprado para la ocasión; mientras, la garganta se llenó de una blanca neblina que llegaba justo hasta donde ellos estaban, de modo que quedaban por encima, como si estuvieran mirando las nubes abajo desde la ventanilla de un avión.

—Dios ¡qué bonito! —dijo él, mirando fijamente la niebla.

—Pensaba que no venías aquí para contemplar la Obra del Señor.

—Bueno, no la busco. Pero cuando se manifiesta ante mis propios ojos, la puedo apreciar.

Mientras relamía un hueso de conejo, ella miró la niebla, como si la estuviera valorando. ¿Quizás desde un punto de vista estético? ¿o teológico? Comía la comida con los dedos, las uñas pintadas.

—Está bien —dijo con énfasis.

Hacía calor y las moscas de monte la molestaban; estaba continuamente quitándoselas de encima con la mano, maldiciéndolas.

—¡Largo, cerdas!

—Yo he hecho las paces con las moscas —dijo él—. En el monte, tarde o temprano hay que olvidarse de matarlas y dejarlas tranquilas.

—Pues yo no las voy a dejar tranquilas. Les voy a hacer pasar un mal rato.

—Haz lo que te parezca.

—Lo haré.

—Ha sido una comida estupenda.

—Gracias. Ya ves que no eres la única persona en Australia

que puede cocinar en el campo.

Se rió y dijo:

—En realidad, ésta es la primera vez que lo he intentado.

—Pues lo has hecho perfectamente. Se te veía muy primitiva; igual podías haber estado de los tiempos de la Primera Colonización.

—Si quieres que te diga la verdad, me sentía muy primitiva.

—En el buen sentido, me refiero.

—Ya lo supongo.

Estaban allí con las manos manchadas de comida, oliendo a humo, el aliento impregnado de vino y comida. Belle expuso sus piernas al nublado sol.

Lo miró con ojos inexpresivos, espantando maquinalmente las moscas con la mano, y empezó a quitarse la ropa. Hicieron el amor allí, en la roca plana, rodeados de niebla. Se deleitaban con la idea del cuerpo desnudo de Belle sobre la losa de piedra, de las magulladuras, de la abrasión. El la cogió por los cabellos y le sujetó los brazos, permitiendo así que las moscas se pasearan por su cara. Ella se debatió, pero no suficientemente como para quitárselas de encima. Se corrió ella y se corrió él.

Bebieron y, mirando de lejos cómo se consumía el fuego, se adormilaron.

En plena noche, él se levantó porque le gustaba dejar la tienda a aquellas horas y rondar desnudo por ahí. Se dijo que, aunque no siempre se encontraba cómodo en el monte (de hecho, incluso a veces sentía que, allí, él era la nota discordante), prefería estar allí, discordante o no, que no estar.

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué haces fuera? —exclamó Belle desde la tienda.

—Estoy meando.

Entró en la tienda a gatas.

—Por un momento pensé que estabas en comunión con la montaña.

—Sólo estaba inspeccionando los alrededores.

Por la mañana, él comentó:

—No se duerme tan mal sobre piedra, ¿verdad?

—No, no tan mal. Tampoco se jode tan mal.

—Las rocas transmiten cosas a nuestro cuerpo que la mente no puede comprender.

—No me vengas con bobadas.

Aún había niebla y el aire estaba cargado de humedad, pero no hacía frío.

Ahora, ninguno de los dos quería quedarse en el monte, aunque inicialmente hubieran hablado de permanecer «unos cuantos días».

El pensó que se habría quedado más si hubiera ido solo.

Levantaron el campamento.

—Me gustó hacerlo encima de la roca, me parece que estoy llena de cardenales.

—¿Suficientes? —preguntó él para seguir el ritual. Resolvió no repetir el chiste, ya gastado, sin querer pensar en lo que el desgaste suponía en cuanto a su relación.

—Ja, ja.

El cielo estaba gris. La humedad lo silenciaba todo más de lo normal, y el insulso día lo apagaba todo un poco más. Incluso su estado de ánimo.

Se pusieron las mochilas y emprendieron la marcha.

—Lo sé todo sobre humillación y amor propio, pero ahora que soy una golfa, esto es como un juego.

El hizo un gesto para indicar que no estaba juzgándola.

—Gracias a Dios, ya no son los valores fundamentales de mi personalidad, ¡maldita sea! —añadió ella.

—De todas maneras, tienes que ser un poco así, para ir al monte. Es fácil tomarlo en plan autocastigo.

—Estaba pensando lo mismo.

Anduvieron unos metros separados. En un punto del camino, pasaron junto a un grupo de canguros grises que los escudriñaban inquisitivamente. El y Belle se lanzaron miradas de complicidad: habían visto los canguros.

—Otra Obra del Señor —gritó ella.

Él se dio cuenta de que le causaba una cierta intranquilidad estar allí con Belle. Cuando pensaba en las navidades que teóricamente acababan de pasar juntos, tenía que admitir que habían sido tranquilas, memorables, enriquecedoras; la niebla en la garganta, la comida perfecta, el buen vino. Belle desnuda en la

roca, él fuera en medio de la noche: el melancólico monte.

La inquietud había venido porque Belle estaba fuera del lugar que normalmente ocupaba en su vida. Las tierras Budawang eran el lugar de su infancia, donde él se había formado, donde había absorbido la experiencia montañera de su familia; allí había tocado fondo, un fondo primitivo. Allí había adquirido su virilidad.

Ella no estaba en el recuerdo.

Se volvió para mirarla. Estaba en el sendero, avanzando con dificultad a través del pantanal, con las zapatillas de deporte empapadas por la humedad del monte. La vio de nuevo ante el fuego, en cuclillas, primitiva. Sintió un enorme afecto por ella.

Habían dicho a menudo que no eran la clase de personas con quien uno elige pasar los cumpleaños o las navidades, o sea que habían decidido apañárselas juntos.

El llevar a Belle con él en su cuarenta cumpleaños y en navidades había grabado una huella indeleble e inconveniente al lugar.

Pero ella era también la encarnación de su bisabuela: lo habían adivinado en Katoomba, ante su tumba. Sin embargo, éste no era el territorio de la bisabuela.

Le sorprendió entonces una observación desgarradora: los Budawang y las Montañas Azules de Katoomba, aunque eran parte de la Cordillera Divisoria, eran para él montañas distintas, distintos territorios. Su bisabuela y Belle pertenecían a Katoomba, con su balneario ya en decadencia. Fue allí donde su bisabuela había utilizado su belleza y sus encantos para ganarse la vida. En los Budawang, en cambio, él había sido montañero y oficial de ejército.

Las dos tierras no estaban unidas.

Alcanzó a Belle y la acarició con cariño:

—Lo siento por el barro.

—Puedo arreglármelas, lo aguanto bien.

Allí era donde él había aprendido de niño cómo «aguantar».

—Ya te compraré un nuevo par de bambas.

—Son de Estados Unidos.

—Las haré traer de allí.

—Seguro que no.

Se ducharon y se secaron en un motel de la costa. Así elimina-

ron el barro y la humedad; subieron el aire acondicionado para calentarse y, despacio, se emborracharon tendidos en el suelo. Belle, con el pelo envuelto en una toalla y con un kimono de seda, parecía un gato de vuelta a casa.

Él extendió el mapa de Nueva Gales del Sur.

Ésta es mi tierra, le enseñó. Las mesetas de Bowral y Moss Vale, verdes y húmedas como Inglaterra; los viejos yacimientos de oro; los lagos de Jindabyne; la nueva estación de invierno; Bega, donde mi padre me presentó al hombre que tenía mil libros de cosas sobrenaturales y misteriosas; Kiama, donde mi novia y compañera de estudios y yo fuimos a pasar aquella miserable luna de miel después de casarnos en la iglesia anglicana del pueblo.

Y Milton, donde encontré las publicaciones de diez años de la revista *Champion* en una vieja papelería.

Le explicó que había sido un montañero rebelde pero muy bueno, que había jugado al fútbol por toda la costa, que había estado allí de maniobras cuando soldado, que había hecho surf en todas las playas, que había acampado y cazado por todo el monte.

—Eres un sentimental —dijo ella, mientras se frotaba con crema un rasguño en la pierna.

—No creo.

—Yo creo que sí.

—Yo creo que no.

—Entonces, un borracho sentimental.

—Aún hay otra tierra.

Hizo un círculo en la región de las Cuevas de Jenolan y Katoomba.

—El territorio de mi bisabuela.

—Ya hemos estado.

—Y aquí está el de mi bisabuelo —señaló el pueblo—. Se suicidó en el hotel. Pero ésta no era su tierra, quizás no tenía ninguna, por ser lo que era.

Pero nadie habla de que estuvieran aquí, él le dijo, apuntando al primer círculo.

Belle se apoyaba sobre su hombro, simulando interés. Por un instante se convirtió en otro ser: ahora, la persona que se apoyaba en su hombro y miraba el mapa era un alegre recién llegado a una fiesta que se acaba.

—Vámonos —dijo él—. Paguemos y volvamos a la ciudad. Me parece que esto ya se ha terminado.

Dos semanas más tarde volvió a los Budawang y acampó en el mismo sitio, esta vez solo. Lo hacía para compensar el error de haber ido con Belle.

Sentado en el Mirador de Mitchell se dio cuenta de que su esfuerzo había empeorado las cosas. En lugar de borrar el recuerdo, lo había grabado más profundamente.

Ahora, cada vez que pasara por aquel lugar, pensaría en la vez que había llevado consigo a la persona inadecuada; pensaría en que había conducido a su bisabuela al áspero país al cual no pertenecía. Se reiría con el recuerdo de Belle en cuclillas cocinando, de las moscas en su cara, de su comentario: «Pues me hace feliz, Hemingway».

Traducción: Núria Bacqueline

PASTA DE DIENTES FRANCESA

Morris Lurie

Mi pasta de dientes es francesa. *Société parisienne d'Expansion chimique*, pone en el tubo. *Pâte gengivale spéciale*. Es de color rosa tirando a rojo. En la tienda no tenían la marca que uso normalmente. Mi cepillo de dientes también se ha quedado de ese mismo color. Mi cepillo de dientes es de Gran Bretaña. Kent. Cerdas de nilón. Semi-duro.

Isaac Schur, de treinta años de edad, unas veces feliz, otras triste, dramaturgo y poeta, después de varias escalas llegó a la casa de un amigo suyo que vivía en Lindos, en la isla de Rodas, y se acomodó allí en una habitación blanca del piso de arriba, con vistas a la Acrópolis y a la restante tercera parte de un teatro griego, y allí, en una tarde de abril, con el mar prácticamente blanco y sólo una nube en el cielo, sólo una, a modo de humareda de cañón que se dejaba arrastrar lentamente, encendió un cigarrillo y se puso a hacer inventario.

Stukas. Cigarrillos griegos. ¿Se les puso este nombre en honor de los aviones de guerra alemanes? ¿Es éste el humor griego: aviones siempre encendidos? Mi máquina de escribir es italiana, mi pañuelo es suizo, mis zapatos daneses, mi pitillera de Yugoslavia. Hecha a mano. La tapa chirría. Escucha.

En vez de eso, oyó el rebuzno de un burro. No hay nada tan penoso ni tan aparentemente doloroso como el rebuzno de un burro e Isaac Schur esperó y no pensó en nada hasta que el burro, cansado de rebuznar, emitió sus últimos sonidos, y todo quedo otra vez en silencio. Reinaba una verdadera quietud. Aunque el rebuzno del burro había cesado, a Isaac Schur le parecía que todavía se oía y lo vio como un soplo de humo, como aquella única nube en el cielo, corriendo por las calles adoquinadas, entre casas

de fachadas inclinadas, girando y rodando entre las paredes enca-ladas – capa de cal sobre capa de cal y aún otra, siempre des-conchándose – escaleras abajo, doblando esquinas, y entonces de pronto escapándose del laberinto de calles e irrumpiendo en la *platia*, ensanchándose, haciéndose cada vez más grande, sobre la fuente y sobre los árboles, mar adentro, libre. Luego, en su ima-ginación, lo vio alzarse, cada vez más alto, hacerse azul y despa-recer.

Mi reloj es suizo, pero comprado en Singapur. Mi máquina fotográfica es japonesa, comprada en Hong Kong, pagada en dólares americanos. Mi chaleco de hilo es austriaco. Mi camisa es española, pantalones británicos, jersey de Escocia, calcetines comprados en un barco y carecen de etiqueta. Estaba lloviendo en Viena. ¿Quién era aquélla de ojos azules?

Mi monedero es egipcio, mi toalla está hecha en Estados Uni-dos. El carrito en la máquina de fotografiar (japonesa) es inglés. Mi jabón es Pears Transparent. Mis hojas de afeitar son cana-dienses, la espuma de afeitar es americana, aunque fabricada bajo licencia en Inglaterra. ¿De Oslo, Jerusalén, Fez? Nada.

Eché una mirada a todas sus maletas y anotó el lugar donde estaban hechas. Leyó la etiqueta de todas sus camisas, de su ropa interior y de sus sombreros. El paraguas lo había comprado en Inglaterra, aunque no había nada escrito que diese cuenta de que estaba fabricado allí. Encendió otro cigarrillo. Stuka. Con una cerilla inglesa de marca Brymay. Contenido medio 54. Largas. Entonces bajó.

El amigo en cuya casa se alojaba Isaac Shur estaba en Atenas y había telefonado diciendo que estaría de vuelta dentro de uno o dos días. Un señor griego, bajito y rechoncho, el ayudante del cartero, había avisado a Isaac Shur que fuera a la oficina de co-rreos para hablar por aquel teléfono instalado en la pared. Allí vería a aquella señora mayor y a aquellos niños que permanecían de pie, quietos y sin decir palabra, esperando que se repartiese el correo del día y escuchando lo que decía Isaac Shur. Por cierto, Isaac Shur se dio cuenta que el teléfono estaba hecho en Alema-nia.

La casa del amigo de Isaac Shur es grande, edificada alrededor de un patio, el patio embaldosado como lo están todos los patios

de Lindos, con unas piedrecillas fluviales en blanco y negro más lisas que las monedas viejas, puestas de canto y ordenadas en formas tradicionales. Isaac Shur se dio cuenta de que en una punta las piedrecillas se habían salido y estaban sueltas, planas como judías derramadas. En las paredes de la casa hay reproducciones de Matisse, Picasso, Delacroix, Van Eyck, y eso lo hizo pensar en su cinturón. Recordó que también estaba hecho en Italia. Comprado en Florencia. En un mercadillo de la calle. Y mi caja de botones también.

Permanecía de pie en el patio contemplando la blanca nube de humo que había en el cielo, y entonces miró su reloj. Pensó en la correa. Era de nylon. Comprada en Gibraltar. Fabricada en Japón. Las cinco y diez minutos. Un pintor de Río de Janeiro le había invitado a tomar algo a las cinco. Decidió llevarse el paraguas. En Lindos la puerta hacia el verano no está todavía muy abierta en abril y las aparentes nubes del cielo azul pueden convertirse en lluvia. Los paraguas son baratos aquí, pensó. También el whisky y la gasolina. Pero los griegos, pensó, no beben whisky y el ruido de las motocicletas y ciclomotores suena como si funcionasen con gasolina de la más baja calidad.

Cogió el paraguas, cerró la puerta con llave y se fue caminando hacia la casa del pintor de Río de Janeiro.

—¡Entra! —le dijo el pintor.

Se sentaron en el tejado de la casa del pintor, tomando ginebra con naranjada y mirando por encima de los tejados del pueblo – la Acrópolis ahora por un lado, el teatro griego oculto – al mar. El mar había cambiado completamente de color, como suele suceder allí, en los meses anteriores al verano. En ese momento era de un gris pizarra e iba oscureciéndose rápidamente. Isaac Shur se puso a mirar con atención las alpargatas del pintor y se preguntó si serían españolas o de algún otro sitio.

Vio que la ginebra era Gordon's London Gin y la naranjada estaba en una botella de Johnnie Walker a la que le habían quitado la etiqueta. El pintor contó a Isaac Shur una divertida historia acerca de un francés al que habían engañado en Atenas cuando compraba lo que creía ser una antigua moneda griega. Isaac Shur sonrió y cuando el pintor se dirigió hacia abajo a volver a llenar su vaso, se inclinó e intentó ver la etiqueta del cuello de la cami-

sa de éste, aunque no pudo verla bien. Parecía que la etiqueta tenía algo escrito en inglés. Río, pensó, y de pronto una extraña sensación se apoderó de él. No era del todo agradable, ni excitante, ni se trataba de aquella sensación nerviosa que de seguro habría tenido pocos años antes pensando en Río, Sudamérica, un sitio donde no había estado, y entonces miró de manera repentina hacia el mar y su mente se quedó completamente en blanco. El mar estaba realmente negro.

A las seis, aunque el cielo todavía estaba despejado y claro, se había levantado un poco de aire fresco; por eso se fueron al piso de abajo y se aposentaron frente al fuego que la criada del pintor había encendido pronto por la mañana. Aquel fuego es griego, pensó Isaac Shur. Hecho en Grecia. Hecho de trozos de árboles que crecen en la isla de Rodas y está quemando el aire griego.

—¿Qué? —dijo cuando el pintor le preguntó algo—. Lo siento, yo...

A las ocho se fue para la casa del escritor, que vivía al otro lado del pueblo, a donde había sido invitado a cenar. Se cruzó con un viejo griego que llevaba calzones de pana y botas altas y que lo saludó inclinando la cabeza. El hombre era tan viejo, alto, encogido y con un bigote tan enorme que Isaac Shur pensó por un momento que estaba en Rusia y que el viejo era un campesino de Georgia donde la gente vive tantos años, recordó. ¿Georgia? ¿Vejez? Salió de una calle y fue a dar a aquella vieja plaza, a la que nunca acudían turistas, con su viejo árbol y sus ramas de madera y un anuncio mal escrito de cerveza en la pared. Fix. El cual una vez había sido Fuchs. Pensó en las cervezas que había bebido, cerveza griega, italiana, Tuborg y Carlsberg en Copenhague, Amstel en Rotterdam, Schlitz, Guinness en Dublín en un pub lleno de humo donde decantaron la jarra para formar una letra en la espuma que quedaba al haber sido volcada, John Courage en Kent, fuerte y amarga cerveza australiana, cerveza Tiger en Hong Kong, pero los nombres de las marcas de Yugoslavia, Budapest, Viena, Berlín, no los recordaba.

Campanas de cobre tintineaban en la calle que subía a la Acrópolis, la calle de los turistas, la cual en otro mes del año estará llena de alemanes y de suecos, mujeres gordas balanceándose encima de los burros, a horcajadas en duras sillas de montura, los

chicos griegos que las perseguirán riendo a lo largo del camino. Las alfombras y los platos cuelgan de las paredes, pero es demasiado tarde por hoy y demasiado temprano en el año.

—*Cali spera* —le dijo una mujer que llevaba una jarra de agua. Buenas tardes. Murmuró algo como respuesta. Necesitaré unas sandalias, pensó, si decido quedarme aquí. Fabricadas en Grecia. No tengo nada hecho en Grecia. A excepción de los Stukas, que en realidad no cuentan.

El escritor había preparado una sopa de judías y para después pollo. Comieron a la luz de unas linternas y el escritor puso para Isaac Shur los últimos discos de jazz que había recibido tan sólo hacía un día. Durante la comida, Isaac Shur oyó que el viento era cada vez más fuerte y se preguntó si llovería.

—¿Son americanos estos discos? —preguntó.

—Yeah... —dijo el escritor con acento muy americano—. Bueno, y debiste ver la que se armó cuando los fui a buscar a correos. ¡Hombre!, yo...

Pero Isaac Shur no le estaba escuchando. Esta alfombra es turca, pensó. Y estos platos son — los levantó con cuidado y leyó lo que estaba escrito en ellos por la parte de abajo — Cerámica Árabe. Elaborada en Finlandia. Lo leyó y repasó una y otra vez la etiqueta de un tarro de mermelada que estaba en la mesa. Dundee y Croydon. Hecha de naranjas de Sevilla en almíbar azucarado. Peso neto 1 libra (454 gr.). Mermelada de Naranja Dundee. Dundee y Croydon. Peso Neto.

Salió a las doce y se fue andando hacia la casa en la que se alojaba. No se encontró con nadie. Había llovido y los adoquines estaban de un negro lustroso. Abrió la puerta, dejó el paraguas en el patio, apoyándolo contra la pared y se fue hacia la habitación blanca de arriba — que daba a la Acrópolis y la restante tercera parte del teatro griego — donde dormiría esta noche. Se sentó a la mesa y se quedó mirando fijamente su máquina de escribir. Fabricada en Italia. Encendió un Stuka. Cerillas Brymay. Se respaldó en la silla y miró fijamente por la ventana. Las luces de la calle del pueblo destellaban e iluminaban trocitos de pared blanca, pero por todo el pueblo se alzaba la niebla prieta y la Acrópolis se hacía invisible ante el cielo de la noche. Isaac Shur se levantó y salió afuera con el cigarrillo en la mano. Miró al cielo.

Estaba despejado y se podían ver las estrellas, aunque él sabía que no serían tantas como las que vería cuando cortaran la luz. La luna todavía no había salido. Tiró el cigarrillo a la calle y volvió a su habitación.

A la una, se apagaron las luces en el pueblo e Isaac Shur se sentó a la mesa y permaneció inmóvil. No estaba cansado. Su mente estaba despejada aunque no poseía aquella peculiar fuerza estremecedora que precedía a un pensamiento creativo. Aquello ocurría cuando estaba a punto de crear un poema o una escena, entonces, en esos casos, su mente era tan aguda como un trocito de papel plateado en el viento, crujía sonaba, pasaba rápidamente dando vueltas, y entonces escuchaba voces, veía una inmensidad de colores y sus manos temblaban de entusiasmo. Pero esta vez no era así. Esta vez la sensación era bastante diferente. Los cordones de mis zapatos son portugueses, pensó y entonces revisó todas sus pertenencias, francesas, inglesas, americanas, holandesas, una y otra vez, camisas, pantalones, equipaje, máquina de escribir, y cuando había repasado la lista tres veces, gritó:

—¡Ya basta!

Pero no pudo dejar de pensar. Hecho en España, se repetía en su mente. Hecho en Viena, hecho en Japón, hecho en Estados Unidos. *Pâte Gingivale Spéciale*. Pears Transparent. Quink.

El pueblo sin luz alguna tenía un aspecto más luminoso y blanco que le daban las luces de las estrellas. Isaac Shur vio que la luna ya había salido. El pueblo estaba sumido en un completo silencio; no se veía a nadie. El mar se hacía invisible, como si fuese un agujero negro. El viento se había aplacado. Isaac Shur se sentó y permaneció sin moverse en la mesa de la habitación del piso de arriba de la casa de su amigo. El aquel momento un gallo empezó a cantar.

Cantaba desde el otro lado del pueblo, más allá del cine y la iglesia. Se oía lejos y el sonido era todavía claro. Cantaba completamente solo e Isaac Shur podía imaginar que se encontraba en un patio oscuro bajo la descamada pared, cantando con todas sus fuerzas.

—¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!

A Isaac Shur el canto le pareció lleno de pánico y de sobresalto. Cantaba una y otra vez, se trataba del mismo canto cada vez, con una pausa en medio, pero sin obtener respuesta.

En ese momento, desde el otro lado del pueblo, muy cerca de donde Isaac Shur estaba sentado a oscuras, se oyó otro gallo que respondió al canto.

Alternaban, primero uno, luego otro, de punta a punta del pueblo. El primero seguía cantando del mismo modo, igualmente asustado, con un tono de pánico, y en las pausas el segundo gallo respondía.

Después, un tercer gallo empezó a cantar, y luego un cuarto y entonces a Isaac Shur le vino a la cabeza la imagen de todos los gallos cantando en la noche. Vio al primero de todos que se despertaba solo y asustado bajo las estrellas, gritando aterrorizado:

—¿Hay un Dios? ¿Hay un Dios?

Su grito despertó a un gallo católico que cantaba:

—¡Salve María Madre de Dios!

Entonces un gallo griego ortodoxo se despertó y empezó a cantar con todas sus fuerzas:

—¡Salve! ¡Salve! —despertando a un cuarto que se puso a cantar:

—¡Amén! ¡Amén!

A ellos se unió un quinto gallo, y un sexto:

—¡Creemos!, ¡Creemos! —ellos cantaban.

—¡Padre, Hijo y Espíritu Santo!

—¡Amén! ¡Amén! —gritó un burro.

—¡Aleluya! —gritó el gallo justo a la altura de la ventana de Isaac Shur.

—¡Dios! ¡Dios! —ladró un perro.

Ya estaban despiertos todos los animales del pueblo y cantaban, pájaros judíos, anglicanos, presbiterianos, perros de todas sectas, congregaciones de pollos, mormones, cuáqueros, gallos de todas las iglesias. Gritaban a los cielos:

—¡Aleluya! ¡Dios! ¡Santa María y Espíritu Santo! ¡Amén! ¡Amén! —siendo enorme el sonido de su creencia.

En ese momento Isaac Shur oyó puertas abriéndose y cerrándose de golpe, oyó los pasos de alguien corriendo, latas cayendo estrepitosamente contra las paredes.

—¡Dios! ¡Dios! —ladraban los perros.

—¡Aleluya! —cantaban los gallos.

Y continuaron así durante diez, veinte minutos, los perros ladrando sin parar, los gallos cantando con todas sus fuerzas. Más puertas que se abrían de golpe, más latas que caían con estrépito, también se oían gritos, llamadas. Entonces, muy lentamente, las voces se fueron callando una a una. Ladraron tres perros, luego dos, finalmente uno, y justo entonces los coros iban muriendo en todo el pueblo, primero este gallo, luego aquél, y el último sonido que Isaac Shur escuchó aquella noche fue el del primer gallo, el que estaba al otro lado del pueblo, más allá del cine y la iglesia, todavía cantando solo y asustado:

—¿Hay un Dios? ¿Hay un Dios?

Entonces, finalmente, aquel gallo también calló.

(1969)

Traducción: Susana Puyo Tremosa

UNA MUJER DEL FUTURO

(Hojas sueltas del cuaderno de Alethea Hunt)

David Ireland

El proletariado creativo

Al mundo occidentalizado no han llegado ideas políticas nuevas durante muchas décadas; las actuales ideologías están basadas en las teorías del siglo XIX, modificadas y remendadas para acomodarse a circunstancias y problemas, a contradicciones y fracasos, revisadas un sinnúmero de veces.

En Europa, la verdad es que aquellos viejos, tiránicos y todavía ambiciosos cortesanos – el comunismo y el marxismo – están siendo acogidos con más entusiasmo y pasión que nunca, precisamente cuando están a punto de morir. Quizás sea fervor religioso.

También siguen existiendo las intelectualmente débiles, pero astutas y adaptables formas tradicionales que no son en absoluto teorías sino nombres irrisorios puestos por sus más serios oponentes.

En este espacio vacío los acontecimientos han seguido su curso forzoso. El trabajo se ha convertido en la deseable y recompensada ocupación de una élite. Las preocupaciones del proletariado han cambiado definitivamente.

Los proletarios, los Libres, pueden ser ociosos si así lo desean, o bien pueden ocuparse de la gran cantidad de quehaceres secundarios que se desarrollan en la periferia de cualquier complicada sociedad.

Nada que requiera tiempo es despreciado: el consumo de tiempo es el objetivo del falso trabajo que realizan los Libres; como consumidores de tiempo que son, están felizmente ocupados hasta que felizmente mueren.

En otros tiempos se les habría llamado parados, y su condición habría sido una vergüenza para ellos y un reproche para su sociedad.

Actualmente, una vez que se ha acabado con la pobreza más extrema, el estigma que suponía el no tener profesión está oficialmente abolido. Es como si la clase obrera, tras escapar de la penuria, se hubiera vuelto creativa, tal y como profetizaron los primeros idealistas políticos: creativos en la relajada búsqueda de un trabajo útil; o creativos en lo más profundo de sus propias células.

Hace tiempo algunos pensaron que la necesidad de producir enajenaba la pasión por crear. Pero ahora, cuando la pasión por producir está enajenada, hay una necesidad de crear.

¿O es demasiado irresistible la promesa de libertad? ¿Acaso cambian para asegurarse de que han atrapado dicha libertad?

Lisa

A Mario siempre le había encantado hacer cosas. Por aquel entonces estaba haciendo que una chica llamada Lisa creció de él, empezando por los pies. Su familia, procedente del Mediterráneo, estaba tan avergonzada de su deformidad que lo dejaba encerrado en su habitación. Antes no tenía una habitación para él solo, así que esto podía interpretarse como una mejora de su posición social.

Antes de que los dos pies hubieran salido y de que estuviera claro que se trataba de una chica de quizá 18 años – él tenía 16 –, Mario ya conocía cada línea de los pies, cada pelo, la forma de cada dedo, los arcos, los empeines, el trazado de las plantas de los pies. Los manoseaba con frecuencia y éstos se movían con rapidez, como si les agradara el contacto.

Mario descubrió lo que cualquier madre sabe: que nacemos con todas las arrugas necesarias para ejecutar los movimientos precisos sin estirar ni desgarrar la piel.

Pronto fue necesaria una base para los nuevos pies, ya que constituían un gran peso por su parte delantera. Una inflamación surgió en la parte superior de la extrusión, donde la piel común a él y a su chica se doblaba presionando una parte contra otra.

Soñé que por la noche el alma informe de la chica se escabullía de sus miembros e inspeccionaba a Mario.

Había una vieja traducción

Había una vieja traducción de la primera parte de *Fausto* en una esquina de la biblioteca de mi padre, escondida entre *Cómo llevar la casa* y *El idiota*. De sus pequeñas páginas, impresas en letra diminuta, aprendí una lección que Goethe no se había propuesto enseñar.

A cambio de una condición, Fausto había recibido una serie de poderes sobrenaturales. ¿Qué hacía con la habilidad que tales poderes le conferían? Convidaba a beber vino a unos conocidos casuales, creaba música de la nada, hacía volar un barril o que aparecieron llamas: trucos de feria.

Incluso Frankenstein utilizaba a los muertos para resucitarlos y devolverles la vida, en lugar de tratar de descubrir el secreto de la invisibilidad. Drácula deseaba la vida eterna y utilizaba el poder de la oscuridad para dominar a los vivos, pero por lo menos lo hacía por necesidad y trataba de sobrevivir.

Para Alethea Hunt, Fausto era un impostor. Trucos, pactos, poderes sobrenaturales no equivalen a la grandeza humana. Yo quería leer sobre la grandeza. En aquel momento sentía que la grandeza significaba que la vida no era suficiente.

Dejé el libro.

Estaba de pie, creo, hechizada, como suelo estarlo, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente, mirando por la gran ventana de la fachada, y mi madre me dijo, como hace siempre

que me ve así:

—Soñadora, siempre soñando, ¿con qué sueñas ahora? Deja de soñar. Haz algo útil.

Y seguí totalmente absorta.

Ella no sabía que cuando yo estaba así el mundo se detenía. No sabía que mis ojos estaban muy abiertos y vacíos de emoción porque el estrecho cono del mundo que entraba en mi campo de visión se fundía y evaporaba. La parte que se evaporaba se elevaba como si fuera algún tipo de gas, etiquetado con los nombres de las cosas que había sido, y flotaba hacia mí y entraba directamente en alguna parte de mi ser que la conducía a lo más íntimo, donde no la perdería nunca, siempre recordaría su sabor. (Pero, ¿qué sucedería con mis recuerdos cuando muriese?)

Por lo que respecta a la gente que casualmente estaba mirando cuando tales hechizos me sobrevinían, estoy convencida de que aquello, el «ello» que percibía entonces, era la esencia de estas personas, una esencia quizá desconocida para cualquier otra.

Mi padre entró por la puerta trasera. Cogí otra vez el volumen de *Fausto*. No podía salir de aquel trance y no tenía ganas de explicaciones. Sostener el libro representaba un gran esfuerzo, pero lo sostuve ante mí, sin mirarlo.

—Eso sí que es un libro, querida.

Debí parecerle una estúpida. No lo había abierto. Miró el lomo:

—¡Ah, Fausto! —dijo con aprobación. Inició un discurso. ¡Justo lo que yo necesitaba!

—La inmortalidad, o la vida después del fin del mundo, comenzó en la mente del hombre como una ambición, un deseo más, después de inventar las armas y de darse cuenta de la diferencia existente entre él y los demás animales, después de dotarse de un lenguaje que curiosamente se perfeccionaba y le permitió decir muchas más cosas de las que los animales se dicen entre sí.

Siempre olvidaba los pájaros.

—Y los pájaros —añadió.

Los peces nunca los mencionaba.

—Y se sintió tan superior, tan superior.

Se detuvo pensativo. Una de las creencias de mi padre es que los humanos no son tan superiores.

Todavía no podía moverme. Cogí *Fausto* y lo puse ante mí, con los ojos definitivamente abiertos. ¿Cómo se atrevía? Él pensaba que *Fausto* trataba sobre la inmortalidad. Yo pensaba que trataba sobre el poder. Ojalá se hubiera quedado fuera. Quería experimentar al máximo mi percepción de los árboles gemelos del patio de delante de casa, junto al buzón, su suave corteza, sus pequeñas hojas; qué significaba estar de pie, noche y día, en cualquier época del año, indefenso ante los insectos, los pájaros, los humanos, estar allí, allí, hasta la muerte.

Sí, tenía razón: vivir no es suficiente.

Mi teoría

En aquella época, mi teoría acerca de los machos era básicamente la siguiente: nosotras no éramos importantes para ellos. A ellos sólo les importaba nuestro cuerpo, pieza a pieza; se encendían si nuestros cuerpos se acercaban a ellos bien ensamblados.

Pero nosotras no éramos importantes.

La persona que había en nosotras era un obstáculo, un impedimento que ellos deseaban evitar a toda costa. No importaba lo que nosotras dijésemos, ellos sólo pensaban en cuerpos desnudos, en agujeros, en humedad, en semen, en calor, en alivio, en satisfacción. Y si no podían conseguirlo, sencillamente no querían oír nuestras voces. Inútil e inservible: ese era su veredicto. Nada de lo que dijésemos, hiciéramos, pensásemos o deseáramos, nada de ello tenía la más mínima importancia.

Si no les costaba nada, o si no podían conseguir nuestros cuerpos, nosotras ya podíamos desaparecer del universo, que a ellos les daba igual.

Harvey vende rosas

Harvey Lowe era el chico con el que siempre me sentaba en la clase optativa de carpintería; trabajaba en el taller de su padre en su propia casa y labraba piezas de ajedrez en el torno. Era el mejor chico en carpintería, y yo me propuse ser la mejor chica. Observando cada uno de sus movimientos pude apreciar que la diferencia entre nosotros era que él adoraba la madera, y que parecía entenderla. Cuando la cortaba o martillaba, era como si le dijera: «Esto te beneficiará; en realidad deseas tener esta nueva forma; nada va a hacerte daño; tú y yo estamos trabajando juntos.»

Sin embargo yo, aunque admiraba la fibra y los brillantes efectos de la madera ya cepillada al acercarla a la luz, no me entusiasmaba; me agradaba el olor, nada más. Harvey Lowe se embriagaba de su olor como un bebé abrazado y embriagado del olor de su madre.

Tenía una rosa María Callas que crecía bajo la axila derecha. Sólo la flor: el tallo se hallaba dentro.

—No logro hacer un injerto —se lamentaba—. Acudí al semi-llero y me dijeron que necesitaban más tallo. A pesar de todo, hay demanda de flores.

Ganaba un dólar por rosa. Su axila María Callas era famosa y los investigadores, vendedores y coleccionistas curiosos hubieran pujado por el precio, si no fuera porque se confabularon y acordaron mantener el precio a un dólar. Todo consistía en estar allí cuando la rosa brotaba y florecía. Sólo necesitaba un día en verano, pero en invierno a veces pasaban semanas entre las floraciones.

Se interponía en su trabajo de carpintería, pero él se ocupaba bien de ella en las otras clases. No estaba conmigo en ninguna otra clase. Yo tuve las mejores notas en todo; él sólo era bueno en carpintería.

—Sin embargo, hay demanda de flores —me dijo cuando le pedí que me dejara olerla; entonces arrugué la nariz y me enderecé, al tiempo que bajaba los ojos para mirar su rostro, de apariencia honesta pero poco inteligente. Utilizaba un protector para

evitar que su flor se aplastara. Daba mal olor.

Una palabra que nunca he conocido

En la clase de Ciencias Sociales tuve algunos problemas que discutí con la profesora.

—Esta *no* es una sociedad opulenta —dije, casi gritando. Tenían un buen sueldo por asistir a la escuela y algunos de ellos no eran malos profesores; no había excusa para levantar la voz y perder el control. Nunca había necesitado elevar la voz para que me prestaran atención.

—Nos quedamos con la definición generalmente aceptada de esta sociedad como sociedad opulenta —contestó. Estaba cansada, había tenido un fin de semana espantoso.

Los otros chicos me miraban medio bostezando, lo que representaba su máxima expresión de atenta sorpresa.

Era lunes. Yo había pasado el fin de semana escuchando a nuestras visitas quejarse de esto y lo otro.

Bajé la voz:

—Tomémoslo con calma, señora Winz. Miro a mi alrededor, *la sociedad en la que vivo* (subrayando cada palabra), y ¿qué es lo que veo? Edificios baratos, con menos habitaciones y más pequeñas que en las casas antiguas. Veo construcciones que sólo se mantienen en pie mientras las edifican, a diferencia de las viejas casas de la ciudad que llevan construidas más de 100 años y no tienen ni una grieta en sus ladrillos. Las escaleras y puertas del casco antiguo están hechas de cedro y de sequoia de Tasmania; hoy en día venden por pino lo que no es; venden lo que llaman maple y en realidad es... ¡Bah! he olvidado el nombre, pero no es bueno. Las cosas ya no se fabrican baratas. Las hipotecas de 45 años son normales. La gente joven que empieza una nueva vida no puede comprarse una casa. En las escuelas hay que enseñar a los niños lo que son las orugas, las flores, las vacas y los caballos, porque no pueden verlos en el campo o en los parques. No, señora Winz, esta sociedad es muy pobre.

Había citado con detalle algunas de las quejas de la gente adulta.

—La opulencia de una sociedad —dijo la señora Winz—, no se basa en las pequeñas quejas de los consumidores acerca de la calidad de los productos. Se basa en la disponibilidad de una gran cantidad de productos de consumo, en el crédito para pagarlos, en la situación del país frente a sus reservas de oro, en el...

La señora Winz continuó durante largo tiempo, tanto que olvidé lo que había dicho, comentándome más detalles sobre economía que no deseaba saber en aquellos momentos.

Mientras ella seguía enrollándose, yo me preguntaba, gracias a la infinidad de veces que había oído comentar lo mismo cuando llegaban visitas, qué había sucedido con los ideales de los agitadores políticos del pasado que querían lograr una vida larga, fácil y cómoda para los desafortunados. Ya que ahora esos infelices eran más numerosos que nunca, o por lo menos más numerosos de lo que habían sido durante varios siglos, la única cosa que podía mitigar su derrota era el innegable hecho de que a esa amplia clase baja se le había proporcionado tanta igualdad de oportunidad y de tratamiento como cabía esperar.

La clase siguiente era Historia con el señor Saussere en el aula 26. Hablaba mucho de Australia:

—Éste es un país proletario. No deseo mencionar hechos demasiado duros, pero aquí hacéis que lo directo, el hablar claro, se convierta en una virtud, mientras las culturas más antiguas prefieren un eufemismo decente. Culturas como la europea o la asiática. Aquí, hasta los ricos hablan como rústicos. Los he oído con mis propios oídos.

—¿Usted se mezcla con la gente importante, señor Saussere?
—preguntó Griselda inocentemente.

—Me invitan a muchas recepciones gracias a los antecedentes de mi familia —dijo el señor Saussere—. Es otro signo del... de la juventud de vuestro país. Pero sigamos. Vuestra tierra no tiene sueños, ni tan siquiera uno breve que haya fracasado, como fue

el caso de otros pueblos que empezaron su historia con alegría. Debo añadir que me parece que la gente de este país no tiene... ¿cómo lo llamaría?... ¿ánimo?, ¿decisión?

—Os hablo a vosotros porque seréis los ciudadanos del futuro, sea cual sea vuestra clase social. ¿Dónde está vuestro sentido de la conquista? ¿Dónde está vuestro sentido de la responsabilidad? Actuáis como si debierais trabajar sólo porque os esperan castigos si no lo hacéis, como si el hoy fuese insoportable y el mañana no existiera. No tenéis ilusiones, es un letargo nacional.

La verdad es que nos estaba criticando duramente, pero sabíamos aceptarlo: éramos australianos; nos habíamos estado criticando durante 200 años.

Era uno de aquellos días del mes en los que el pensar en ello me obsesionaba. Caminaba hacia casa cargando con la pesada cartera. La sangre me circulaba con dificultad entre las caderas como si de plomo se tratara. Con un contratiempo de este tipo, ¿cómo podría ser capaz de un acto heroico? Sin embargo el viejo Boof había sido héroe en una ocasión, y sólo era un pobre perro enterrado en el jardín donde las hojas estaban frescas y húmedas en las mañanas de rocío.

(Una palabra que nunca he conocido se resiste a ser dicha. ¿Cuándo podré saborearla?)

Nuestra cultura

En los alrededores del enorme centro comercial, a unos pocos kilómetros de nuestra casa, había mucho de la cultura australiana: trenes de lavado de coches, pequeños talleres de coches, negocios de ventas y seguros de coches, de seguros de vida, imprentas, jovencitas con mallas de baile, torneros adinerados, fontaneros importantes, ricos ennoblecidos, administrativos ennoblecidos, pobres subordinados, conservadores de clase obrera, policías fugitivos que intentaban esconderse detrás del cortacésped, cadenas de centros de rehabilitación, cárceles liberales en las que la mano de obra era barata y la colada procesada en cade-

na, ingenieros electrónicos, esteticistas, profesores de música ambiciosos, ingenieros de grúa, suministradores de piezas automovilísticas, diseñadores de pelucas, reparadores de piscinas, pizza huts, agentes de fincas, fabricantes de embalajes, escuelas hípicas para señoritas, propietarios de restaurantes especializados en carnes, tabernas, pequeños armadores de barcos, planchistas, guarderías, ópticos, asesores financieros, suministradores de drogas, tahúres, palomeros, actores de poca monta, corredores de apuestas de las carreras de caballos, mecánicos, limpiadores de ladrillos de segunda mano, gente que pasea por los parques con asiduidad, comadronas ecologistas, subastadores, ladrones, carniceros, enfermeras, albañiles, dependientes y carpinteros, gerentes y hombres casados, cajeras y cocineras, constructores y mecanógrafos, ortopedistas, analistas de desechos, espías industriales, detectives del pensamiento, modificadores del comportamiento, todo ello desapareciendo entre el creciente limbo del trabajo y de los pobres con pensiones.

Coge una hoja al vuelo
y pide un deseo.

Se hacía lo necesario para cultivar las esperanzas: las loterías proliferaban, crecían nuevas y atractivas posibilidades de apuestas informatizadas, con el fin de llenar inmediatamente los vacíos que iba dejando el mercado del empleo.

La luz de la libertad brilla sobre los monstruos

Mi pulgar se está retirando. Me cuesta agarrar un bolígrafo. Hay piel de animal entre mis dedos. Cómo me las he arreglado para llegar hasta aquí, lo ignoro.

Aunque mis manos se estén transformando y mis ojos sean ya diferentes, aunque mi vello se esté volviendo más grueso y duro, aunque no tenga ya libertad para pasear por las calles, aún hay algo en mí que posee la voluntad de hacer lo que yo me propon-

go que haga, y la voluntad de ser libre para realizarlo.

(1979)

*Traducción: Montse Berrios, Yolanda Elisa Rubio,
Josep Ibañez, Cristina Llamas Bravo,
M^a Carmen Molina, Blanca Gemma Samper*

ANEXO

Christopher Brennan

PROSAICO-VERSIFICADO-CARTELÍFICO-
ALGEBRÁICO-SIMBÓLICO-ARCERTÍJICO
MUSICOPOEMATICOGRAFOSCOPIO

(1897)

¡LA
PERFECCIÓN
DEL
PASADO!

MAISÓ DE PARÍ

LA
ÚLTIMA
NOVEDAD

¡EL
ARTE
DEL
FUTURO!

por M.M.S. Armó-Bahick

PROSAICO-VERSIFICADO-CARTE-
LÍFICO-ALGEBRÁICO-SIM-
BÓLICO-ARCERTÍJICO
MUSICOPOEMATICOGRAFOSCOPIO

directo desde París

Inventado

por el famoso

Hierático-Bizantino-Egipcíaco-Obscurantista

MALAHRRMAI

CON MUCHAS MEJORAS

empleo más libre del contrapunto

&c. &c. &c. &c.

PARTITURA COMPLETA

para ocho voces

un Bajo

un Tenor

una Soprano

cuatro Barítonos

un Alto

& ningún público

A MÍ

ME

A PESAR DE MI GENEROSA
DISPOSICIÓN

IGNORAN

O

(*La vergüenza*

*ilógica pero
con todo demasiado generosa
demasiado
benefactora
demasiado humana
con todo*

un alma enclaustrada

prohíbe

mi

abnegación

virginal

a ella su única

manera

de

lo que llamaría

aserción

diría entonces

tal vez

niega

respirar

más allá del círculo

perfecto

de

la exclamación

el nombre)

ESTO

destronado

pero aquél fue poco

degenerado

descarado

descendiente

de aquellos que reinaban mi antigua isla danaína

Tula de niebla

& de sueños

por ellos

honrado

el cantor

Ollamh

entre los barbagrises estableció la ley

manteniendo

en la lúcida mirada del silencio

el código jamás visto

escrito claro o escondido

en el humo del crepúsculo en las profundidades nocturnas

de las cuales

ÉL

enriqueció

un don inmaterial
para hacer
el demonio familiar
que ronda
el receptáculo legendario
su bolsa

no

el abismo de la noche que mueve con todos & cada uno

adornada en cada agujero
ay & giran las estrellas muertas
diamantes negros
desastrosos
por toda la nebulosa de su remordimiento

ABRE

para enunciar
la vocal que atestigua a su antigua raza
desgracia
estallando
pasma

asombro
por ventura
quién se ríe
incluso
admiración

UNA BOCA

en periferia similar abierta
pero de pronto
estrechada
una raja
de donde
Ichabod
sisea
sólo así a Edén apto
cacarea
& sólo a este fin alado

la prueba de que él
despojando la parte real de la admiración
inscribe
la vergüenza de su antepasado
no
entre nosotros
& sin embargo eso puede pretender
pero
ahora qué llamarán su parte

DA

ELLOS

Los chapuceros de Chaucer
del cuero & del polvo
a quienes hace mucho renuncié
allí se precipitan
las garras
como halcones
& llenas las narices
olfateando rapiña virgen
pero no su óptica
con todo
la desgarradura
que creo
obsceno
para un pergamino sin
el nombre de Anastasio
ingratitude & envidia
afiladas presuntuosamente & hervidas
ridículamente no advierten la
erguidas tarea
que podría proporcionar
entre jueces a ellos y a sus hijos ^(n - 1)
la
apropiada
pasta

CONTRA

ENCIMA

ES DECIR

para explicar

la hermosa página blanca

cuyo candor

ilumina

los signos místicos

Abracadabra

laceran

despedazan

conforme a su vil instinto

(¡Ay!

ingratitude

de todos & de cada uno

para todo mi don

toda mi fortuna

ahora

gris

negra

blanca

pero no

teniendo el nombre eterno

no

pero

pólvora

cenizas

residuos

o aquello

sobre lo cual

fue

escrito
el contrato verbal)

IGUAL

Es el silencio
pérdida de papel
un momento
horrorizado
de nuevo inundando todo
por encima de
la demasiado común erupción
solamente queda
rizándose
en el mismo sitio
donde su imaginado cataclismo
sube burbujeando
arruga ligera
una sonrisa

El

mismo se queda un rato

caso es que si

(No sólo ellos

sino él

que es príncipe de una inmemorial

inexistente
isla desierta
abdicando
& ahora elevada
inflada
pompa
por alguna fortuita vastedad
o vaciedad
de bocas
cuya redondez
atestigua
los ceros que imitarían el habla
aconseja así)

esto y parecidos

testimonios
de un espíritu y de su mundo
sólo por sí y para sí fueran creado
cielo e infierno
ambos excluidos
así como
la humanidad
fueran escritos
incluso de otra manera que la estrellada evidencia
de rayos
flechados
de algún núcleo central de deidad
deslumbrando
por consecuencia
invisible
un mundo sin espectador
no se precipita

para ellos & los suyos
un universo de huecos sueltos

es cierto que
sin duda alguna
serían
¡O eso sí os concedo!

siendo
existente
innegable
irreducible
en toda torpeza
inamovible
sin alas
un ladrillo
siendo sin la sombra del no ser
sin diamante negro que
se encienda a través de la muerte
con la más clara confianza de deidad

escritos

ni posibles
ni contruidos
sino
apilados
echados
tirados
apiñados

caídos
golpeados
arrojados
lanzados
amasados
juntados
de cualquier o
de ninguna manera

por

—¡que resuene la palabra!—

EL

Pero

lo que denota exactitud
lo confunden ellos con ladrillos
me lo despojan
no conviene a la muchedumbre
anónima
de huecos
de guiones o de lo que queráis
cuya única vorágine
su hambre
los anula

mientras

el cantor
de su mundo separado como la pipa de su pompa

alegremente vuelve al antiguo *dhudheen*
de Titirio y de faunos

desliza

fantasma que ronda ya ningún Elsinor
de su canto imperial

secuestrado

elegido

hecho

(*Espacio para el Rey*

de pedazos

de menos)

PÚBLICO

0ⁿ

Y

el suyo

tan múltiple

vasta

vacía

quelconque

efímera

eterna nadería

tenía más prestigio

nunca puede

mostrar

como soles muriéndose

el Sello

*

ELLOS

por nuestro Pandiareo

su rostro con verso palpable
resplandeciente

ME DEVUELVEN

también

el tesoro fantasma
o quieren devuelto
el no impalpable
no iluminado
así también demasiado oscuro
reflejo
de la solitaria
esplendente
encantación

EL

FAVOR

o más que cortesía
incluso de pensar

que lo que hacen que sea algo
— su nada

han susurrado
fianza
de la Voz
que debe
jamás
quedar en
silencio

— Con ellos el Poeta no tiene nada que v(end)er

Traducción: Anthony Pym

FUENTES

Russell Drysdale, "The Drover's Wife", permiso de Maisie Drysdale, 25 de febrero de 1990, y del Australian National Gallery, 10 de enero de 1990.

Peter Carey, "Sueños de América": "American Dreams", de *The Fat Man in History*, University of Queensland Press, 1974.

Henry Lawson, "La mujer del ganadero": "The Drover's Wife", de *Short Stories in Prose and Verse*, Sydney, 1984.

Murray Bail, "La mujer del ganadero": "The Drover's Wife", de *Contemporary Portraits and Other Stories*, University of Queensland Press, 1975. © Murray Bail, 1975.

Katherine Susannah Prichard, "La huida": "Flight", de *Potch and Colour* (Angus & Robertson, 1944). © R. P. Throssell.

Sally Morgan, "Mi lugar": del libro *My Place*, Fremantle Arts Centre Press, Fremantle, 1987. © Sally Jane Morgan, 1987. Con permiso de Fremantle Arts Centre Press, 8 de junio de 1994.

Patrick White, "Al vertedero": "Down at the Dump", de *The Burnt Ones*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1964. Permiso de Barbara Mobbs, 9 de junio de 1994.

Frank Moorhouse, "La libido y lecciones sobre la vida": "Libido and Life Lessons". Traducido de la versión en *The Faber Book of Contemporary Australian Short Stories*, ed. Murray Bail (Faber 1988).

Frank Moorhouse, "De un diario de montaña": Publicado con el título de

“Going into the heartlands with the wrong person at Christmas”, *Meanjin* 40/2 (1981), luego como “From a Bush Log Book 1” en *Forty-Seventeen* (Macmillan 1988). Traducido aquí de la versión en *The Faber Book of Contemporary Australian Short Stories*, ed. Murray Bail (Faber 1988).

Morris Lurie, “Pasta de dientes francesa”: “French Toothpaste”, de *Happy Times*, Hodder and Stoughton, Londres, 1969. © Morris Lurie 1969.

David Ireland, “Una mujer del futuro”: de la novela *A Woman of the Future*, Allen Lane, Melbourne, 1979. © David Ireland 1979.

Christopher Brennan, “Musicopoematicografoscopio”, de *Musicopoemato-graphoscopes*, Hale & Iremonger, Sydney, 1981 (con introducción de Axel Clark).